

# La Ilustración Artística

Año XXXII

BARCELONA 7 DE ABRIL DE 1913

Núm. 1.632

Un monumento al fundador de la República del Uruguay general Gervasio Artigas



Boceto de los artistas Sres. Ridaura (escultor) y Cerveto (dibujante) que ha merecido un premio en el concurso internacional celebrado en Montevideo y al cual han concurrido cuarenta y ocho proyectos procedentes de todas las naciones del mundo. En el primer medallón, el Sr. Ridaura; en el segundo, el Sr. Cerveto

## SUMARIO

**Texto.** — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Ventolera*, cuento de Sebastián Gomila. — *Monumento al general uruguayo Artigas*. — *La cuestión de Oriente*. — *El Congreso de la Mutualidad francesa en Montpellier*. — *Aparato para obtener fotografías*. — *El nuevo Nuncio en Madrid*. — *El P. Pablo Alberd*. — *Los Fabre* (novela ilustrada). — *París. Concurso de zahoríes*. — *Madrid. Inauguración del Instituto francés*. — *Libros recibidos*. — *Melilla. La primera Fiesta del Arbol*.

**Grabados.** — *Monumento del general Artigas*, boceto de los Sres. Ridaury y Cerveto. — Dibujo de Tamburini, ilustración a *Ventolera*. — *Busto del general Artigas*. — *Una charra*, cuadro de Carlos Vázquez. — *Atenas*. — *El nuevo Rey prestando juramento*. — *El generalísimo búlgaro Ivanoff*. — *Montpellier. El Congreso Mutualista* (cuatro fotografías). — *Serenata*, cuadro de Juan Stubenrauch. — *Lectura interesante*, cuadro de Camilo Innocenti. — *Aparato fotográfico de altura*. — *Madrid. Visita del nuevo Nuncio al ministro de Estado*. — *El P. Pablo Alberd*. — *París. Congreso de zahoríes* (cuatro fotografías). — *Madrid. Sesión inaugural del Instituto francés*. — *Melilla. La primera Fiesta del Arbol* (dos fotografías).

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Yo lo confieso: en muchas cuestiones suelo encontrar que tienen su parte de razón los que sostienen tesis contradictorias. La contradicción, a veces, no reside sino en lo aparente, y si se va al fondo de las discusiones, resulta que todos dicen algo verdadero.

Aplico esta observación a los toros o, mejor dicho, a los toreros, ahora que las cogidas cruentas, espantosas, van multiplicándose.

Unos, al saber la última y más sangrienta, exclaman: «¡Pobrecillo! ¡Y su familia, cómo quedará!» Eso es una compasión, mientras que otros refunfunan coléricos: «¡Así los enganchasen a todos por la barriga; se acabaría más pronto una cosa que nos avergüenza y que en Europa ha venido a ser nuestro símbolo nacional!»

Para ponerlos de acuerdo, habría que decir a los primeros que la piedad debe ofrecerse a todo el que sufre, pero sin que, en el caso presente, lleve envuelto ni un adarme de admiración simpática; y a los segundos, que odien el delito y compadezcan al delincuente; que tengan humana lástima del infeliz a quien la cornada desgarró la garganta, pero que reprobren con tesón la bárbara lidia, y trabajen por desterrarla o al menos por reducirla a proporciones que no nos asfixien.

Llamo delincuente al torero; y, cabe llamarlo, si pudo encontrar otra manera de vivir, que no parece imposible siendo bravo mozo, de fuertes brazos; pero más delincuente llamo al público, que no vive sino para los toros, al cual nunca falta dinero para llenar la plaza, que gasta en esto lo que escatimará en la salud de los nenes y en la substancia de la olla; y llamo más delincuentes a cuantos sostienen y exacerbaban este delirio taurómico, a cuantos lo explotan, a cuantos lo popularizan, con artículos y gráficos... Porque esto no ha sido así en otro tiempo: no diré que no hubiese afición en España bajo Fernando VII; claro es que la había; pero quisiera yo que alguno de esos señores de estadística en ristre me comparase datos y me hiciese números, para aquilatar este extremo. Segura estoy de que es aterrador el incremento de la «fiesta nacional», sólo desde el último tercio del pasado siglo a los primeros años del presente. Hasta en el arte (recuérdese *El Coleo*, de Benlliure, las novelas de Blasco Ibáñez y López Pinillos, etc.) puede observarse la invasión de la torería. La prensa consagra a este asunto la mitad del espacio de que dispone. Podrá dejar de publicarse el retrato del sabio que honró a su patria con útil labor; el del valiente que la defendió a costa de su sangre; el del profesor cargado de años y servicios, que ejerció constante su obscuro apostolado; pero no hojaremos un periódico con *monos*, sin ver la cara de un coetudo, sin encontrar la página entera dedicada a un quiebro o a la estocada de la tarde. También es este asunto en el cual pudieran tener relativa razón unos y otros. Los periódicos salen así, infestados de torería, porque el público, ávidamente, lo reclama. Para el público no hay otra miel tan sabrosa. Se va tras ella. Y el público es el amo.

Ahora bien, yo me pregunto: ¿cómo es que los socialistas, tan deseosos de mejorar la situación de las clases necesitadas, no ponen la proa a los toros, no les restan popularidad, severamente?

¿Será que los toros son más fuertes que ese formidable movimiento económico? ¿Será que, al oponerse al desbordamiento taurófilo, llevaban los socialistas las de perder?

Los socialistas, y los que los dirigen y piensan por ellos, no es posible que no comprendan que los toros dañan, principalmente al pueblo; digo los toros, en este grado de furor entusiasta, con plazas que por todas partes se alzan y rebosan gente, con un aumento

de precios aterrador para las pequeñas bolsas, y con un pulular de toreros principiantes, que sostiene ilusiones doradas en muchas humildes familias, persuadidas de que la fortuna puede improvisarse, mediante el arrojito sin arte ni habilidad de un muchacho resuelto a jugarse la vida. Ni a los principios ni a los fines del socialismo es conveniente esta apoteosis de la torería en tantas formas y manifestaciones, y, sin embargo, yo no veo que se trabaje para contener el desbordamiento. Creo que en Gijón y en Bilbao algo hacen los socialistas en este sentido; que se van de campo, con merienda, y la mujer y los chicos, el día que hay corrida en la ciudad; y no sabré decir lo simpática que encuentro tal determinación. Pero se me figura que mucho más pudiera hacerse. El socialismo es una fuerza en bastantes sentidos de la palabra. Si se colocase resueltamente frente a la oleada taurina, le serviría de dique. Una propaganda tan provechosa la aplaudiríamos sin reserva.

El quebranto económico que traen los toros a las masas populares salta a la vista. No consiste tan sólo en que quebrantó en lo que los pobres o casi pobres gastan, sino en lo que dejan de gastar en otras cosas, de primera necesidad muchas de ellas. Es tradicional que para comprar el tendido se empeña el colchón. Ninguna de las contribuciones y gravámenes contra las cuales se clama, perjudica tanto a los pobres como la afición a los toros. Se habla mucho estos días de lo reducidas, insalubres y mefíticas que son las viviendas de los menesterosos de Madrid. Proponedles que dediquen a mejorar de casa lo que consagran a hacer el caldo gordo a las Empresas, y de fijo que se rien. ¿No dir a la *corria!* ¡Amos, hombre!

Y otro grave perjuicio que esta afición, invasora, creciente, causa a los menos favorecidos de la fortuna, es aumentarles la suma de barbarie, cerrarles el camino de la cultura compatible con su situación, la profunda cultura moral, que hace dignos y grandes a los pueblos. Un obrero puede, en esto, superar, no sólo a un señor, sino a un gran sabio, porque la cultura del sentimiento, no siempre va unida a otras formas de cultura, que pertenecen a la inteligencia, a la erudición, a la elegancia y al arte. Un obrero que piense derecho y delicado y proceda recto y justo, es un valor importantísimo, y la cultura moral, en las masas, un resorte de vida y de energía, un elemento de salud social. A todo lo contrario tienden los toros. No cabe negar que en ellos se aprende a ser cruel, bárbaro e inhumano. No es ni necesario, y hasta parece redundancia, demostrar cómo allí el fondo de fiereza de la humanidad sale a la superficie, se muestra sin recato alguno, y dicta las acciones más groseras, las palabras más sucias, las intemperancias más descomunales. Que puede haber algo de artístico, en ocasiones, en el espectáculo, está fuera de duda, y yo lo he reconocido explícitamente; pero es un arte inferior y sensual, que remueve los posos de los atavismos feroces. No tiene allí la sangre la explicación de haber sido derramada por la patria, en nobilísimo holocausto. La sangre que revuelta corre empapando la arena, y mezclándose con la humana la de los animales sacrificados, se vierte para entretener a un público sin ideal, y procurar ganancias a industriales y profesionales del cruel deporte.

Y si esto sucediese de cuando en cuando, y no absorbiese la atención toda que la frivolidad de la masa no sabe encontrar en más nobles objetos, anda con Dios... Todas las naciones, hasta la santidad se ha repetido, consienten espectáculos brutales, y no los suprimen. ¡Hay que transigir con tantas cosas! Sin duda la perfección no es de este mundo. Pero esos espectáculos son, en la vida de esos pueblos, un epifenómeno, algo accidental. Aquí los toros son la esencia, la medula, el númeno de la vida nacional.

Se ha pregonado aquí la conveniencia de combatir lo que puede desconcertarnos como nación, y se ha conseguido algo, no debe negarse, pero queda una tarea inmensa, una lucha, contra una ciudad como Madrid, que sólo piensa en la plaza, en la cogida, en el último favorito de la plebe — y ¡ay! no de la plebe tan sólo —, el novillerito que acaba de tomar la alternativa y viene a «quitar moños» y a dejarse ensartar con garbo... ¿Que el estado de las costumbres mejora? Así será..., pero acabamos de presenciar algo que revuelve el estómago, y es algo tradicional, y religioso, y cuanto se quiera: la romería de la Cara de Dios, que se verifica el Viernes Santo.

¿En qué consiste, se me preguntará, la tal romería? Iba a recordar una frase de Feijóo, pero es demasiado fuerte para los lectores, aunque no lo sea para el caso...

En cifra, la romería consiste en emborracharse, en tragar, en guitarrear, en requebrar mozuclitas, que en coches abiertos, luciendo charrós mantones de Manila, se pasean acompañadas de chulos beodos, armando la batahola y la algarabía consiguientes... ¡Y todo

ello, a pretexto de reverenciar la Santa Faz del divino Mártir, la faz pintada en el lienzo con los sudores de una agonía que tuvo por objeto establecer entre los hombres la paz, el amor, la pureza y la templanza!

¿Cómo se toleran estas saturnales? ¿Cómo se sufre que escandalicen a Madrid, en un día tan sagrado para los católicos y para todo cristiano, y tan respetable para cualquiera, aunque no tenga creencias de ninguna especie? ¿Cómo puede continuar este bochorno, y cómo no se prohíbe la romería de la Cara de Dios?

Los excesos de la borrachera, en tal día, superan a los que puedan cometerse en Noche Buena y en Carnaval, otras dos fechas en que los pellejos se pasean triunfantes por las calles de Madrid. Y cuando se piensa que, simultáneamente, se achispan y escandalizan unos, y otros se arrodillan ante el altar, y besan los pies taladrados de Jesús, y todos creen ejercitar un acto religioso, el contraste, el viceversa de España se aparece más de bulto que nunca. ¿Es un pueblo cristiano el que elige para embeodarse y barbarizar las horas trágicas y solemnes del Viernes Santo?

Prescindo del sacrilegio hediondo que señaló este año la romería; y — sin temor lo diré — me parecen más repulsivos, o por lo menos tanto como el sacrilegio, los devotos de la singular devoción. El sacrilegio es, ya lo sabemos, un café; pero, ¿qué serán los creyentes, rebosando vinazo, ahitos de comida, embeberchinados ante las jembras de mantón, y cometiendo desmanes que ni referirse pueden, so color de rendir homenaje a la Santa Faz que ultrajan? Cosa triste y para hacer meditar al más distraído.

Y toda esta chulapería coceante, que no andante; todo ese aparato de mantones de flecos y sombreros de fieltro blando; todo ese abigarrado color local, ¿no es cierto que parece anunciar el estruendo de las corridas, y que, detrás de las vociferaciones de los romeros chispos, se escucha el resoplido del toro y el jadeo de la multitud, irritada por el sol y por las libaciones? No me digan a mí que, en otro tiempo, chisperos y manolas asistían a esta fiesta. La manola puede gastar muy buen humor pero no llegar a la desvergüenza ni al embrutecimiento del vicio. La manola era algo muy simpático. La actual es la parodia de aquella manolería que si visitaba una iglesia lo hacía con sincera fe, aunque a la salida bromease y en las verbenas se divertiese de lo lindo.

Hoy, en Madrid, puede afirmarse que hace cada cual lo que quiere. Con excepciones no justificadas, las ordenanzas son letra muerta. Ahí están, por ejemplo, los balcones que no me dejarán mentir. Los veo entapizados, ¿creyerais que de ricas telas, al paso de una suntuosa procesión? ¡no!, de calzoncillos, camisetitas de punto, pañales de criaturas y calcetines con agujeros. El vecindario de Madrid cuelga la ropa que lava, en las fachadas, en las calles principales. No en barrios retirados, no en callejuelas oscuras. A dos pasos de la Puerta del Sol. Y luego se piensa en traer aquí Congresos del turismo y otros fililíes.

Claro que está prohibido poner en las ventanas semejantes banderines. Lo está; pero una cosa es prohibir... También está vedado pedir limosna en la vía pública, y, después de haber disminuído algo la plaga de pordioseros, estos días vuelve a arreciar. Los agentes pasan, mirando al cielo o encogiéndose de hombros.

Lo único que se cumple a raja tabla en Madrid es lo que se refiere al trayecto que se ha impuesto a los coches, en la Puerta del Sol y calles céntricas. El coche que desde la calle de Preciados necesite pasar a la del Arenal, tiene que dar una vuelta enorme, por gran parte de la Plaza Mayor, bajando por la de Herradores, y recorriendo la mitad de la del Arenal, para venir a salir al punto mismo de donde partió, sólo que un cuarto de hora después. No es decible el perjuicio y pérdida de tiempo que esto supone. Al comercio también se le molesta no poco con tales medidas. Se comprende tomar precauciones cuando, en días de mucha concurrencia y a la vuelta del paseo, se aglomeran los carruajes, y hay peligro de alguna desgracia; pero a nadie se le convence de la utilidad de la medida cuando aparece desierta, o poco menos, la Puerta del Sol... Al doler la cabeza, se toma como remedio cortarla.

Y dejo para otra ocasión hablar de las terribles, estorbosísimas carretas, con reata de tres mulas, pollino y can (amén de otros irracionales), que a cada paso impiden la circulación, y son más afortunadas que los coches, pues no se les pone ninguna cortapisa. Así aumentan que es bendición. Conté ayer catorce, sólo en la calle de Jacometrezo.

VENTOLERA, POR SEBASTIÁN GOMILA, dibujo de Tamburini



Si se miran al soslayo, lo disimulan mucho

I

Verita de la rompiente, casi salpicándoles la espuma en el roquedal, Juana y Pablico permanecen callados.

La mar azul estuvo hecha un lago. Lentamente, al promediar la tarde, agitóse la superficie, emblanqueció el inmenso cendal rizándose como en estrebecimientos epidérmicos.

Juana mira vagamente al horizonte; Pablico apila unas guijas y, de vez en cuando, su diestra enfila un proyectil a lo lejos. La piedra roza el agua y brinca. Dos o tres rebotes, y el hundimiento final en el abismo.

Son mustios los rostros; más tristeza en el de Juana y alguna más cólera que melancolía en el del mozo. Si se miran al soslayo, lo disimulan mucho. Hay mar de fondo en sus almas, indudablemente. No ha provenido el temporal; pero le falta poco. Una palabra, un gesto, podría ser un rayo.

No se requiere ojos de lince para apreciar el cuadro: la pareja es de novios, y su condición humilde. Pablico conoce bien esas olas que le salpican. ¡Las cruzó tantas veces! Juana visitó el roquedal desde muy niña: con buen tiempo, para ver partir las lanchas; en medio de una tempestad, para esperarlas con zozobra...

¿El asunto del cuadro?.. Nimio y grande a la vez, pueril o trágico, según. Como la ácuea extensión, el fondo de las almas es de difícil sondeo. Ese mar parece cosa simple, y es un monstruo.

II

Pablico, harto de echar guijas, pestaña seguido. El sutil movimiento nervioso indica lo apuntado: una nimiedad que puede ser atrocidad.

Juana parece una esfinge. No obstante, el rictus especial de su boca descubre una marca interna. Es

ruda ella, como hecha a la intemperie y a las grandes emociones. Sabe mantenerse firme.

¿Qué ha pasado, para esa actitud de la pareja? Un colmo, arrancando de algo baladí. ¿Podría asegurarse que las grandes acciones y los tremendos desbarros no obedecen a menudo a una pequeñez, a una trivialidad o a una inconsciencia?..

Minutos no más, y el desbarro se producía. Escaso tiempo, y se produjo la gran acción. En los dos personajes del cuadro ved a una enajenada y a un héroe; pero ved también a un alma grande y a un ser frívolo. Aquel roquedal era una tentación para un caso de amargura... Juana había enloquecido, llegado a la desesperación, en poco estuvo que...

¡Poco!.. He aquí una palabra-enigma. La ingratitude es vulgar, el engaño es mezquino, la infidelidad ruin. En suma, son *muy poca cosa*. ¡Decídselo al que se tropieza con un ingrato, con un engañador, con un infiel!.. Es *poco*, sí; y lo es *todo*.

Pablico incurrió en las tres cosas a un tiempo: ingratitud, engaño e infidelidad. El temple de Juana no era para el reproche: hubieron de romperse las fibras más sensibles de su espíritu, y no se quejó. A sus padres debía el mozo, huérfano, lo que era; a la niña lo más alentador para un hombre; a su alma lo más puro y estimable en la vida. Y, no obstante, ¿qué?..

Escucháranle a él, y la respuesta sería que *nada*. Oyéranla a ella, y equivaldría a una *enormidad*...

III

Un tinte amoratado de la luz solar da a las ondas un matiz extraño, tirando a siniestro. El aire empieza a ser frío, y las hirvientes chispitas de espuma llegan más alto que antes.

La pareja sigue en silencio, tesonuda acaso. Pero el instinto puede más, y de súbito hay un cruce de miradas. Son intensas, sublimes casi. Y son, sin du-

da, prolegómeno para una expresión parlera... Pablico exclama por fin:

- ¿Por qué ibas a hacer eso, Juana?
- Porque eres un mal hombre.
- ¿Mal hombre... y acabo de salvarte?..
- Lo peor que podías hacer.
- ¡Juana!
- ¡Salvar una vida, para amargarla continuamente!..

El mozo, a decir verdad, se sintió enfatuado. Otra pequeñez del humano espíritu. Mas ¡cuántas veces un puntito de engreimiento no determina la compasión!.. La generosidad tiene, en el fondo, cierta faceta de vanidad.

Pablico atina con un gesto imposible de definir. Y exclama a media voz, acortando la distancia:

- ¡Celosa!

Juana se estremece y le planta cara. Su linda mata de negro pelo, en un movimiento del busto, undula a merced del aire. La tez, ebúrnea, se colora como en llamaradas de indignación. Los ojos despiden reflejos raros, una irisación singular armonizando con manchas del crepúsculo. Los labios, trémulos, musitan al principio no sé qué sinfonía brava; después dan paso a un aluvión de dicitos.

- ¿Celosa?.. Ya ves que iba a dejarte libre para siempre. ¿Celos?.. Yo no sé lo que son. Falsía, engaño, crueldad; todo eso sí, lo conozco, lo probé, como cicuta, como hiel amarga, gota a gota, a la fuerza... ¿Por qué mentías?

- Nunca te he mentado.

Y al decir esto, pareció formalizarse el joven. Luego repuso:

- Quererte..., verás tú, sí, te he querido siempre. ¿Tan adentro, tan adentro que el querer llegara al alma?.. Yo eso no lo sé, Juanita..., es decir, no lo supe hasta ahora, ¿sabes?..

Otro acerconcito maquinal, y un intento de coger las menudas manos de la chica. Todavía no es tiem-

po: el torso femenino acierta con un movimiento de repulsión invencible.

Pero hay lo suficiente para la gran ocasión, que ha llegado.

El viento sopla a ráfagas intermitentes y en crescendo. Se pica el mar y las olas baten el peñascal con ímpetu. La voz tiene que esforzarse, y adquiere así tonos de vehemencia.

— Sí, lo acabo de saber... ¡Muy hondo, muy hondo queda clavado!.. Yo..., pues yo no sospeché que tu voluntad llegara al delirio. Presumí que parte de tu cariño se debía a haber crecido juntos...

En débil voz, que no dejaba oír el viento, y con la vista baja, repetía la joven.

— ¡Ingrato, más que ingrato!

No podía oír a Pablico, quien proseguía el discurso:

— Te seguí, porque esta mañana noté en ti algo extraño... ¡Lodo sea Dios, qué barbaridad de impulso, chiquilla!.. Y bien, sí, mis ojos fijáronse, con predilección quizás, en otra parte... Bueno; pero yo no supuse, ¿estás, Juana?, no supuse... *eso*. ¡No me tengas rencor, te hablo sinceramente! Ya, ¿ves tú?, ya se borró toda otra imagen que no sea la tuya. ¡Por estas cruces, mira!

Y se llevó los dos índices a los labios.

#### IV

Pareció que anochece de súbito, un firmamento gris, plomizo, confundíendose con el mar en danza. Y de sopetón, arreciando firme, ya no fueron ráfagas intermitentes, sino una embestida feroz, como desatándose las furias. Y las olas eran montañas, y el roquedal un peligro...

¿Quién dice titubear? El joven se puso en pie; Juana parecía absorta. La levantó Pablico vigorosamente, y con ella en brazos, triscó por las musgosas peñas lo más ágil del mundo.

— ¡No te asustes!, repétiale; nos da tiempo de llegar a casa. Pero va a pasar pronto, es soplo marceño, ventolera y no más...

Juana, vuelta a la realidad, se sonreía abrazada al robusto cuello... Aquella sá-cudida endiablada del aire tornábale *lo suyo*... El tono de sinceridad con que había hablado Pablico no admitía dudas... ¡Qué horror, si llega a despeñarse!.. ¿Cómo se le ocurrió la mala idea?..

Al llegar a poblado, en carrera loca, lo primerito que sus ojos vieron fué a *la otra*, la mujer que le hacía *poner mala sangre*...

¡La veía en brazos de él! ¡Con qué aire de triunfo la miró al pasar, y cómo remató la suerte volviendo el rostro!..

En llegando al bar, hundió la frente entre sus manos.

¡Jesús, se sentía perversa! ¿Cómo acusar de crueldad a nadie? ¡Qué cosas caben en el corazón a veces!..

Y le entraron tales impulsos de pedir perdón, que se puso de rodillas, y quiso hablar y no pudo articular palabra...

Al poco rato el aire era apacible, mansurro, y una hermosa puesta de sol convidaba al rezo,

## MONUMENTO AL GENERAL

### URUGUAYO ARTIGAS

Recientemente se ha celebrado en Montevideo un concurso internacional para la erección de un monu-

mento dedicado al general D. José Gervasio Artigas, primer caudillo de los uruguayos en la revolución hispanoamericana.

Presentáronse al concurso cuarenta y ocho proyectos de artistas de distintos países, habiendo obtenido uno de los premios el de nuestros compatriotas Sres. Ridaura y Cerveto, del que reproducimos la vista en conjunto, en la primera página, y un fragmento, en ésta.

Artigas nació en Montevideo en 19 de junio de 1764, de una familia descendiente de los primeros pobladores españoles. Al estallar la revolución de mayo de 1810, Artigas celebró repetidas entrevistas con los enviados de Buenos Aires y nombrado por la Junta teniente coronel, dirigió los preparativos del movimiento, consiguiendo poco después su primera victoria en San José y obligando al general Vigodet a retirarse a Montevideo. A los pocos días ganó la batalla de las Piedras y puso sitio a la citada capital. A pesar de estos triunfos, la Junta nombró jefe del ejército sitiador al general Rondeau, quedando Artigas de segundo.

Firmado en 20 de octubre de 1811 el armisticio con el general Elío, virrey de las provincias del Río de la Plata, Rondeau se retiró a Buenos Aires, mientras Artigas pasó a la margen occidental formando un campamento en el Ayauí, desde donde hostilizó a los portugueses que, en 1812, se vieron obligados a evacuar el territorio oriental.

La Junta de Buenos Aires trató entonces de renovar el sitio de Montevideo, y reducidos los españoles a la impotencia y dominada la campaña, Artigas convocó en su campo una reunión para la elección del gobierno provisional, siendo nombrado presidente del cuerpo municipal y gobernador militar.

A causa de disidencias surgidas, Artigas se retiró del sitio, en enero de 1814, y sublevó las provincias de Entre Ríos y Corrientes. Poco después el Directorio, que había decretado su proscripción y muerte, revocó el decreto, declaróle buen servidor de la patria y le nombró comandante general de aquella campaña.

Mas no habiendo accedido el Directorio a entregar a Artigas Montevideo, que se había rendido al ejército argentino, continuó la guerra civil, hasta que en 10 de enero de 1815 hubo de celebrar el Directorio un arreglo con Artigas sobre la base de la independencia uruguaya y la ocupación de aquella capital por las tropas de Artigas.

Las provincias afectas al principio de federación proclamado por Artigas le nombraron su protector.

Caído el Directorio, al que reemplazó el Cabildo, y disuelta la Asamblea Constituyente, fueron reparadas las injurias cometidas contra Artigas. Después de inútiles tentativas para un arreglo entre éste y el gobierno de Buenos Aires, éste lanzó contra el caudillo uruguayo a los portugueses. Artigas luchó bravamente, pero los reveses sufridos, la defección de algunos de sus jefes y la traición de sus más poderosos aliados le desanimaron, y prefiriendo el ostracismo a caer en manos de sus enemigos, emigró al Paraguay, en donde murió en 23 de septiembre de 1850, sin haber querido

nunca aceptar las ofertas de los gobiernos uruguayos para regresar a su patria.

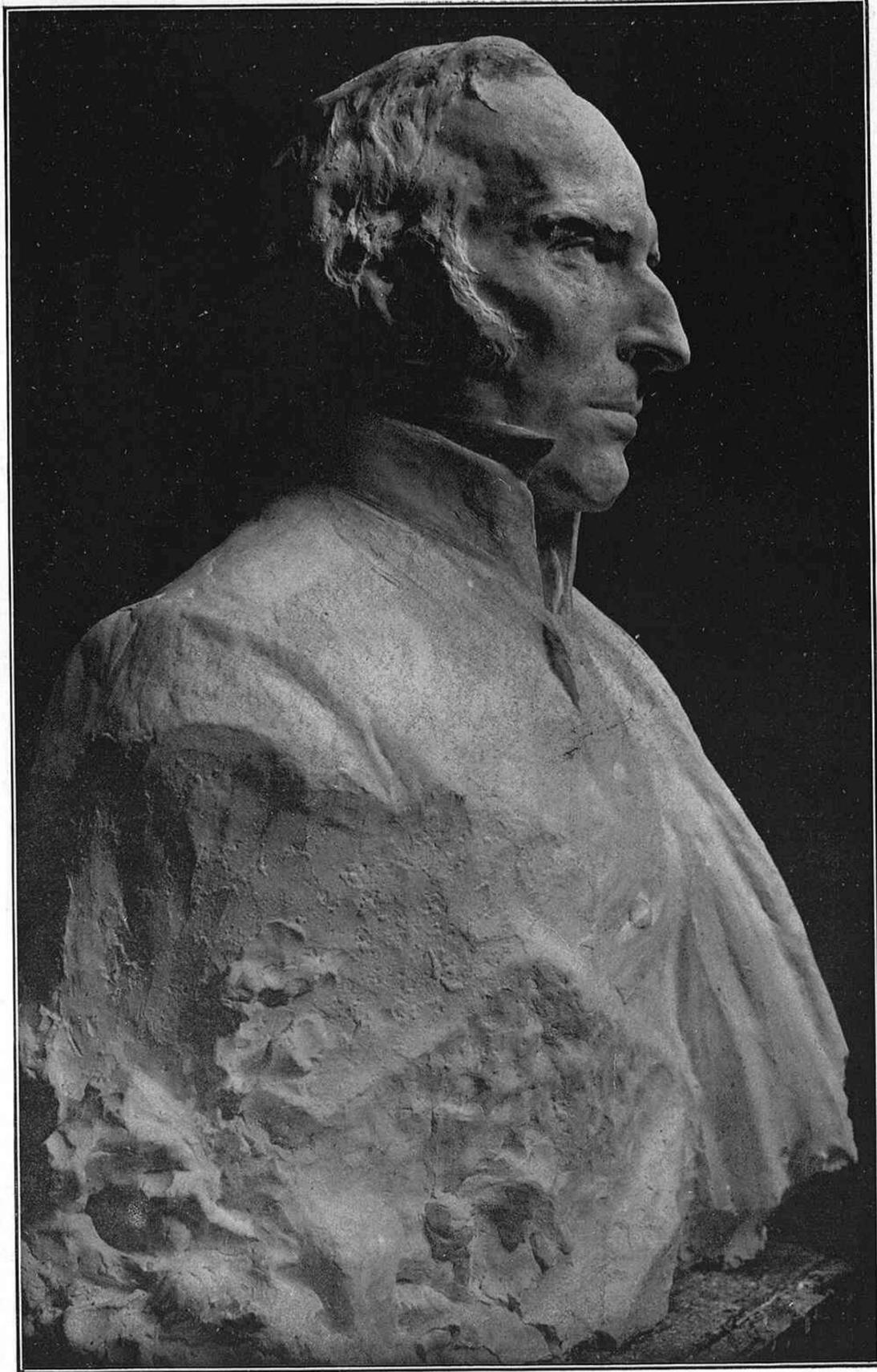
Sus restos fueron más tarde trasladados a Montevideo, en cuyo cementerio reposan.

Los autores del monumento que reproducimos han querido representar principalmente a Artigas como hombre del pueblo, como fundador de la democracia sudamericana. Por esto le presentan en el momento de acampar en el Ayauí acompañado del pueblo que le ha seguido en masa y que va a reponer sus debilitadas fuerzas. Artigas, a caballo, adelantase sobre una meseta desde donde parece contemplar las comarcas que sueña conquistar.

En la base hay dos relieves referentes a la batalla de las Piedras y al Congreso de 1813.

Las figuras simbólicas que coronan el monumento son las de la República y de la Democracia que señalan al precursor de la nacionalidad uruguaya.

En la parte posterior hay una estatua de la Gloria y en el pedestal que la sostiene el escudo de Artigas. — T.



Busto del general Artigas,

detalle del monumento de los Sres. Ridaura y Cerveto que reproducimos en la primera página

mento dedicado al general D. José Gervasio Artigas, primer caudillo de los uruguayos en la revolución hispanoamericana.

Presentáronse al concurso cuarenta y ocho proyectos de artistas de distintos países, habiendo obtenido uno de los premios el de nuestros compatriotas Sres. Ridaura y Cerveto, del que reproducimos la vista en conjunto, en la primera página, y un fragmento, en ésta.

Artigas nació en Montevideo en 19 de junio de 1764, de una familia descendiente de los primeros pobladores españoles.

Al estallar la revolución de mayo de 1810, Artigas celebró repetidas entrevistas con los enviados de Buenos Aires y nombrado por la Junta teniente coronel, dirigió los preparativos del movimiento, consiguiendo poco después su primera victoria en San José y obligando al general Vigodet a retirarse a Montevideo. A los pocos días ganó la batalla de las Piedras y puso sitio a la citada capital. A pesar de estos triunfos, la Junta nombró jefe del ejército sitiador al general Rondeau, quedando Artigas de segundo.

Firmado en 20 de octubre de 1811 el armisticio con el general Elío, virrey de las provincias del Río de la Plata, Rondeau se retiró a Buenos Aires, mientras Artigas pasó a la margen occidental formando un campamento en el Ayauí, desde donde hostilizó a los portugueses que, en 1812, se vieron obligados a evacuar el territorio oriental.

La Junta de Buenos Aires trató entonces de renovar el sitio de Montevideo, y reducidos los españoles a la impotencia y dominada la campaña, Artigas convocó en su campo una reunión para la elección del gobierno provisional, siendo nombrado presidente del cuerpo municipal y gobernador militar.

A causa de disidencias surgidas, Artigas se retiró del sitio, en enero de 1814, y sublevó las provincias de Entre Ríos y Corrientes. Poco después el Directorio, que había decretado su proscripción y muerte, revocó el decreto, declaróle buen servidor de la patria y le nombró comandante general de aquella campaña.

Mas no habiendo accedido el Directorio a entregar a Artigas Montevideo, que se había rendido al ejército argentino, continuó la guerra civil, hasta que en 10 de enero de 1815 hubo de celebrar el Directorio un arreglo con Artigas sobre la base de la independencia uruguaya y la ocupación de aquella capital por las tropas de Artigas.

Las provincias afectas al principio de federación proclamado por Artigas le nombraron su protector.

Caído el Directorio, al que reemplazó el Cabildo, y disuelta la Asamblea Constituyente, fueron reparadas las injurias cometidas contra Artigas. Después de inútiles tentativas para un arreglo entre éste y el gobierno de Buenos Aires, éste lanzó contra el caudillo uruguayo a los portugueses. Artigas luchó bravamente, pero los reveses sufridos, la defección de algunos de sus jefes y la traición de sus más poderosos aliados le desanimaron, y prefiriendo el ostracismo a caer en manos de sus enemigos, emigró al Paraguay, en donde murió en 23 de septiembre de 1850, sin haber querido



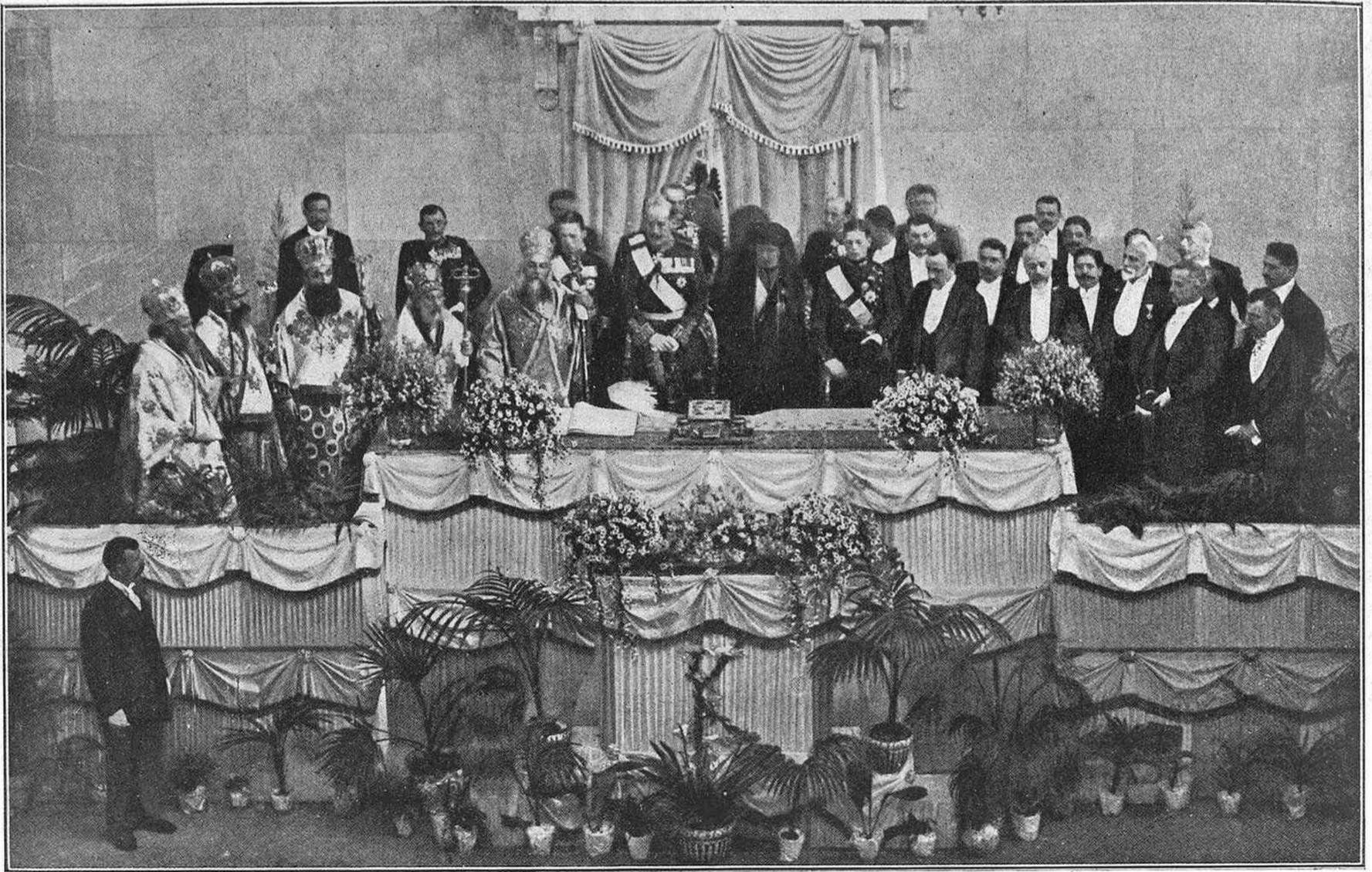
UNA CHARRA, cuadro de Carlos Vázquez

Carlos Vázquez, que ha efectuado varias excursiones a las distintas comarcas de España, ha traído de todas ellas notas interesantísimas que le han servido luego para componer hermosos lienzos, en los cuales ha reproducido con fidelidad maravillosa los tipos y los cuadros de costumbres que sus ojos y su sentimiento de artista han visto y observado. Varios de estos lienzos, reproducidos en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, han sido admira-

dos en exposiciones nacionales y extranjeras, habiendo obtenido algunos importantes recompensas.

*Una charra*, que publicamos adjunto, es una nueva prueba del profundo espíritu de observación con que Carlos Vázquez ha estudiado los pintorescos tipos regionales y de la maestría con que ha sabido trasladarlos a la tela.

## LA CUESTIÓN DE ORIENTE. - JURAMENTO DEL NUEVO REY DE GRECIA. - NOTAS DE LA GUERRA



Atenas. - El nuevo rey de Grecia prestando juramento de fidelidad a la Constitución. (De fotografía de Carlos Trampus.)

El nuevo rey Constantino de Grecia prestó el juramento de la Constitución en el Parlamento de Atenas el día 21 del pasado marzo. La ceremonia revistió gran solemnidad y a ella asistieron los diputados, el gobierno, los miembros de la familia real, el alto clero y los dignatarios de la corte.

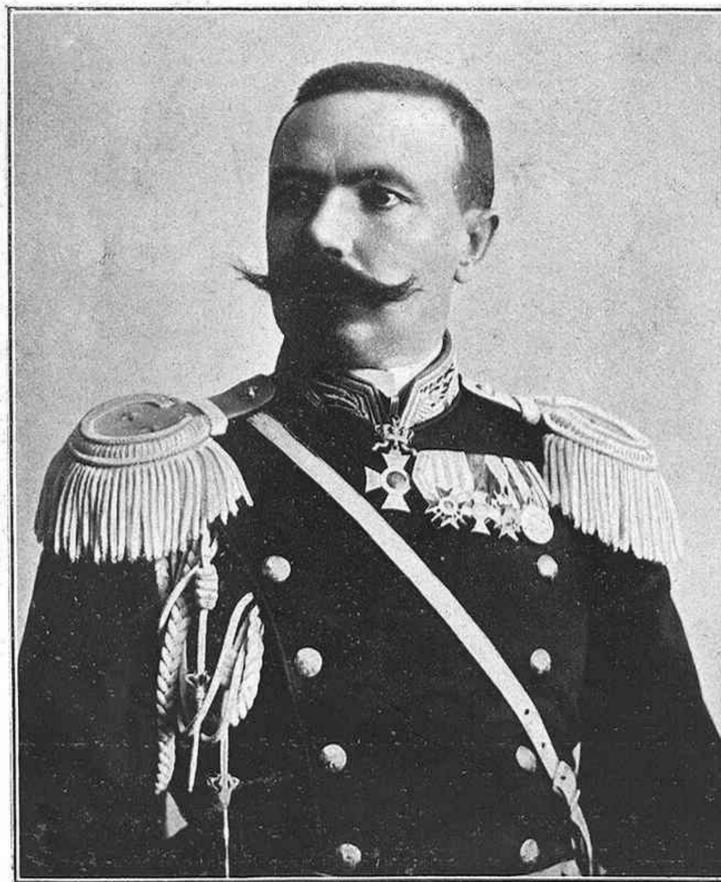
A las diez y media de la mañana, el monarca, acompañado de su esposa la reina Sofía, y de sus hijos el diadoco Jorge y el príncipe Alejandro, entraron en el salón de sesiones y ocuparon el estrado de la presidencia, en el que se situaron también los individuos de la familia real, el metropolitano de Atenas, los ministros y los dignatarios eclesiásticos.

El metropolitano, después de rezar las preces de rúbrica, leyó la fórmula del juramento, que el rey repitió en alta voz, poniendo luego su firma en el documento en que estaba extendida. Firmaron después el metropolitano y los ministros, y los asistentes al acto prorumpieron en prolongadas y entusiastas aclamaciones.

Los reyes fueron objeto de ovaciones delirantes por parte del pueblo de Atenas que llenaba las calles de la capital por donde pasó el regio cortejo.

De los sucesos ocurridos en el teatro de la guerra desde nuestra última crónica, el más importante y trascendental ha sido la toma de Andrinópolis. Después de cerca de cinco meses de sitio, rindióse la plaza el día 26 de marzo último. El día 24 por la tarde comenzó el ataque general, preparado por un vivísimo fuego de la artillería de sitio, que durante todo aquel día y casi toda la noche vomitó sobre los fuertes turcos una cantidad incalculable de proyectiles. El 25, la infantería búlgara, que había ocupado importantes posiciones avanzadas, se lanzó a un combate de fondo, en el que llegó a luchar cuerpo a cuerpo, viéndose los turcos obligados a replegarse en la ciudad; y aquella misma noche los sitiadores se lanzaron a romper la última línea de defensa, a 300 metros de la plaza, y al asalto de la población. La lu-

cha fué desesperada, pero al amanecer los búlgaros se habían hecho dueños de todos los fuertes y dominaban la entrada de Andrinópolis. Pocas horas después dos batallones búlgaros penetraban en la plaza y el heroico defensor de ésta Chukri-bajá se rendía al generalísimo búlgaro Ivanoff, quien tributó público testimonio de admiración a su adversario.



El generalísimo búlgaro Ivanoff,

que ha dirigido el asalto y la toma de Andrinópolis. (Fot. de C. Trampus.)

En la toma de Andrinópolis tomaron parte muy activa dos divisiones servias.

Las pérdidas de los asaltantes fueron enormes; calculáse que llegaron a 12.000 hombres, habiendo quedado algunos batallones enteramente aniquilados. No menores fueron las de los turcos, quienes, además, perdieron 38.000 prisioneros y 640 cañones.

El día 27, el rey Fernando de Bulgaria entró en Andrinópolis, siendo aclamado por sus tropas con indecible entusiasmo.

De los demás hechos de armas ocurridos merecen especial mención varios combates librados en las líneas de Tchatalcha y la ocupación por los griegos de las islas de Sanus y Castelorizzo y de las poblaciones de Argirocastro, Santi Quaranta, Deliriso y Klisona.

En la actualidad, más que el problema militar, ocupa la atención de Europa el diplomático. Las potencias han presentado a los aliados y a Turquía su nota colectiva referente a las condiciones de paz, que, como es de suponer, han debido ser variadas después de la toma de Andrinópolis. Turquía las ha aceptado sin reparos; los aliados, en cambio, las aceptan con algunas reservas respecto de Eskutari, de las islas del mar Egeo, de la indemnización de guerra y de la frontera turco-búlgara.

La actitud adoptada por Austria en sus diferencias con Montenegro, y muy especialmente por lo que se refiere al sitio de Eskutari que los montenegrinos se resisten rotundamente a suspender, inspira verdadera inquietud. El envío de buques austriacos a las costas de Montenegro puede acarrear serias complicaciones, sobre todo si en punto a esta manifestación naval no hay un perfecto acuerdo entre todas las grandes potencias, acuerdo que por ahora no se ha logrado y que, en caso de realizarse, sería una flagrante violación del principio de neutralidad que aquéllas proclamaron solemnemente al comenzar la guerra, y constituiría, además, una prueba elocuente de que los Estados fuertes prescinden de acatar los principios de la justicia cuando se trata de sus intereses particulares, sobre todo si tienen que habérselas con una nación débil comparada con ellas. - R.

EL CONGRESO DE LA MUTUALIDAD FRANCESA EN MONTPELLIER. - LOS MUTUALISTAS FRANCESES EN BARCELONA



Montpellier. - El presidente de la República Sr. Poincaré a la salida del teatro en donde se celebró la sesión de clausura del Congreso

El primer viaje oficial del presidente de la República francesa Sr. Poincaré, lo ha realizado a Montpellier con objeto de asistir a la sesión de clausura del Congreso nacional de la Mutualidad francesa. El recibimiento tributado al Sr. Poincaré en aque-

ñor Cherón, ministro del Trabajo, del príncipe de Mónaco y del Sr. Poincaré.

Visitó luego la clínica de la Mutualidad francesa, asistió al banquete de 2.500 cubiertos que se efectuó en el cuartel de artillería y presenció después la fiesta popular celebrada en el hermoso paseo del Peyrou y al comenzar la cual cinco señoritas vestidas de modistillas de 1830 le dieron la bienvenida, recitando una de ellas una poesía escrita en provenzal y entregándole un precioso ramo de flores.

A última hora de la tarde salió el presidente de Montpellier, después de haber visitado el Hospital suburbano.

Concluidas las tareas del Congreso, 350 de los in-

presidente y secretario del Congreso celebrado en Montpellier; Doubs, director honorario del ministerio del Trabajo, de Francia, y Bonier, presidente de la Mutualidad maternal del Isère, y a la señora Berot-Berger, oficiala de Instrucción Pública, presidenta de la Mutualidad maternal y vicepresidenta del Congreso.

Al día siguiente, los mutualistas franceses visitaron la Casa de la Ciudad y el Palacio de la Diputación, la colección zoológica del Parque, el Museo Arqueológico, el Palacio de Justicia, el *Palau de la Música Catalana* y otros edificios y efectuaron una excursión al Tibidabo. Por la noche celebróse en su honor en el Palacio de Bellas Artes un festival que



Una señorita dando la bienvenida al señor Poincaré y ofreciéndole un ramo de flores. (De fotografías de Rol.)

presidió D. Eusebio Corominas, como presidente honorario de las asociaciones mutualistas de Barcelona y al que asistieron las autoridades y una selecta concurrencia. Después de dos discursos del Sr. Cunillera, presidente de la Unión de Montepíos, y del Sr. Warney, efectuóse el concierto, en el que tomaron parte el maestro Goberna, el *Orfeo Barcelonés* y la banda



María Luisa Berot Berger, presidenta de la «Mutualidad Maternal» de Francia, que ha visitado recientemente Barcelona con los mutualistas franceses y ha dado una notable conferencia en el Ateneo Barcelonés. (De fotografía.)

lla ciudad ha sido en extremo entusiasta; la población en masa le ha aclamado y de todos los elementos sociales ha recibido el presidente muestras inequívocas de adhesión y afecto.

En el salón de la Prefectura recibió el homenaje de numerosas comisiones oficiales, de los alcaldes del departamento, de representaciones de las más importantes entidades locales, de una comisión de vendedores de los mercados y de los estudiantes.

Terminada la recepción, el presidente dirigióse al teatro en donde debía celebrarse la sesión de clausura del Congreso, en la que pronunciaron discursos varios oradores, sobresaliendo entre ellos los del se-

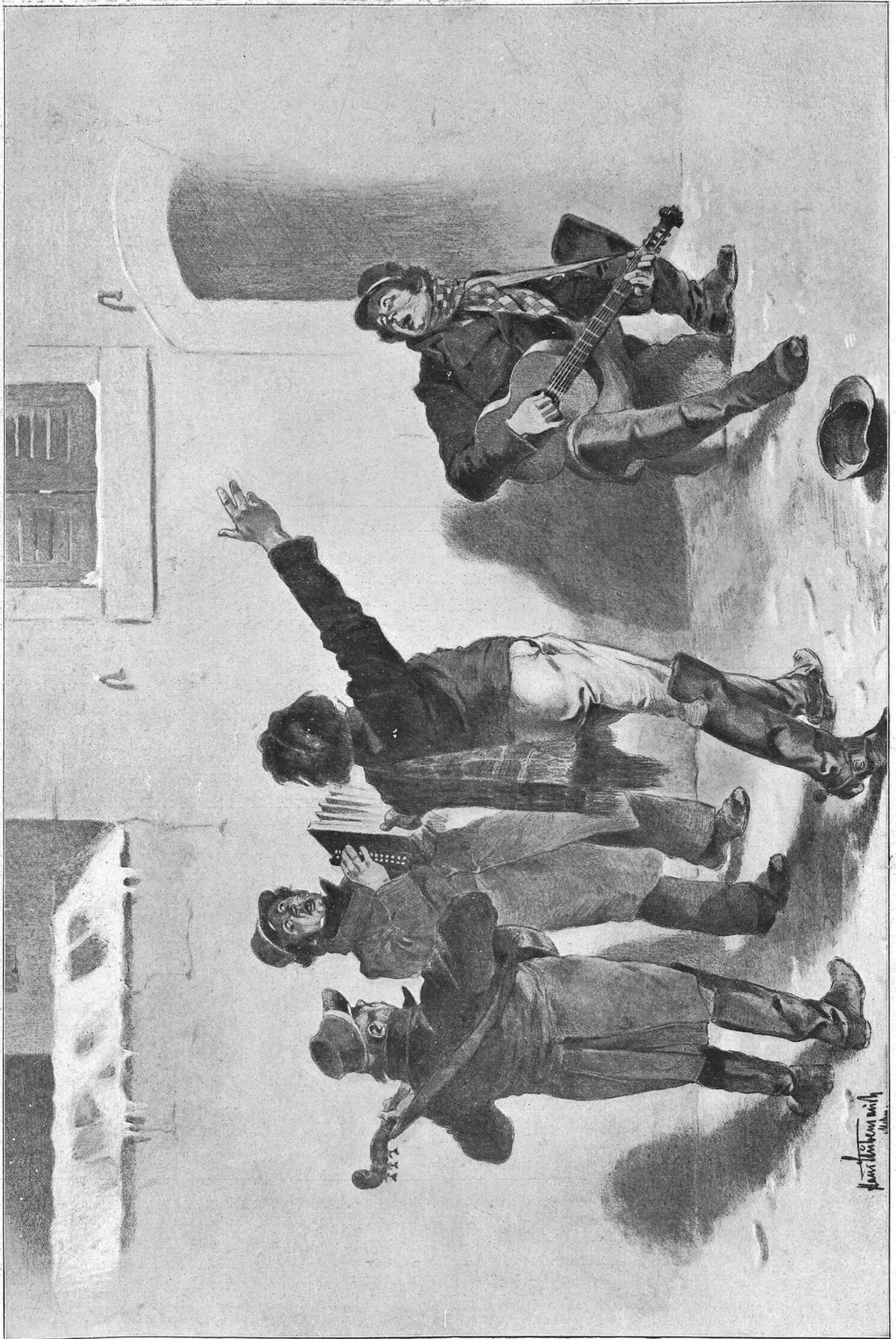


Barcelona. - Festival celebrado en el Palacio de Bellas Artes en honor de los mutualistas franceses. (De fotografía de nuestro reportero Alejandro Merletti.)

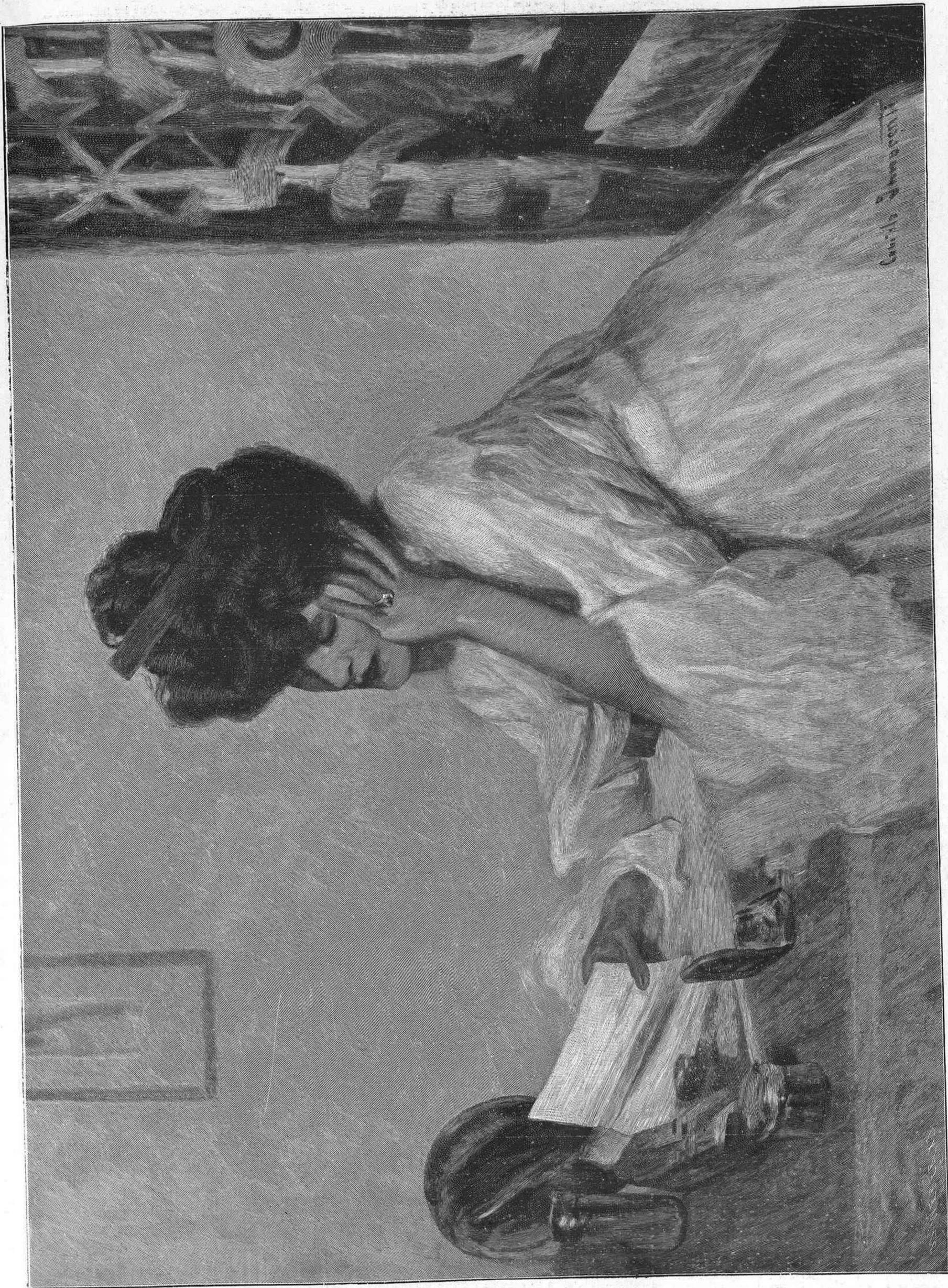
dividuos que en el mismo tomaron parte han honrado con su visita nuestra ciudad, a la que llegaron el día último del mes pasado, siendo recibidos en la estación por el alcalde Sr. Sostres, varios concejales, algunos representantes de asociaciones mutualistas y una representación de la Sociedad de Atracción de Forasteros.

No disponiendo de espacio para enumerar las ilustres personalidades que forman la expedición, citaremos únicamente a los Sres. Warnery y Casamajor,

municipal. El Ayuntamiento obsequió a la representación oficial de los mutualistas franceses con un espléndido banquete que se celebró en el Palacio del Gobernador, del Parque, y en el que pronunciaron sentidos brindis el alcalde y los Sres. Warney, gobernador civil, Nicault, Cunillera, Corominas, Dorgebray, Reboul, Doasac, Llinas y Metin. La señora Berot-Berger dió en el Ateneo Barcelonés una interesantísima conferencia, en la que desarrolló el tema «La verdadera francesa y el progreso social». - T.



SERENATA, cuadro de Juan Stubenrauch



LECTURA INTERESANTE, cuadro de Camilo Innocenti

EL P. PABLO ALBERÁ

Recientemente ha estado en Madrid el reverendísimo padre Pablo Alberá, superior general de los Salesianos, segundo sucesor del venerable Dom Bosco.

En honor del ilustre religioso se celebró en la Casa de los Salesianos una solemne velada organizada por los alumnos y cooperadores de Madrid y que presidió el homenajeado, quien tenía a su derecha al obispo de Madrid-Alcalá y a D. Alejandro Pidal, y a su izquierda a los obispos de Sión y Citarizo.

Después de un himno cantado por los alumnos, el inspector de la Obra pronunció un notable discurso, exponiendo los fines de la Orden y dedicando el acto al P. Alberá.

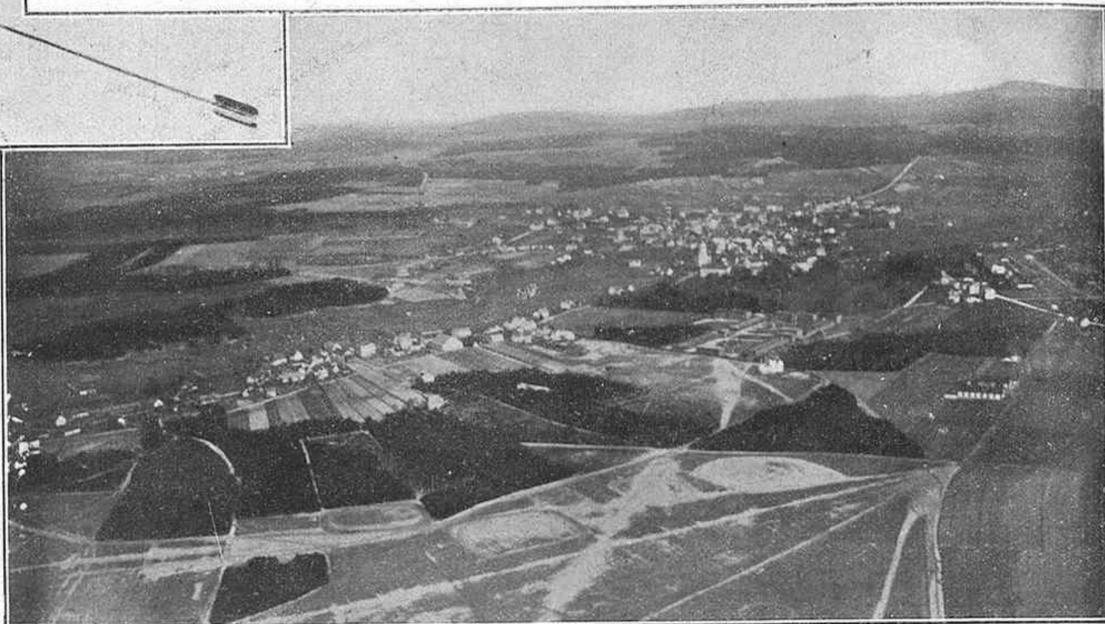
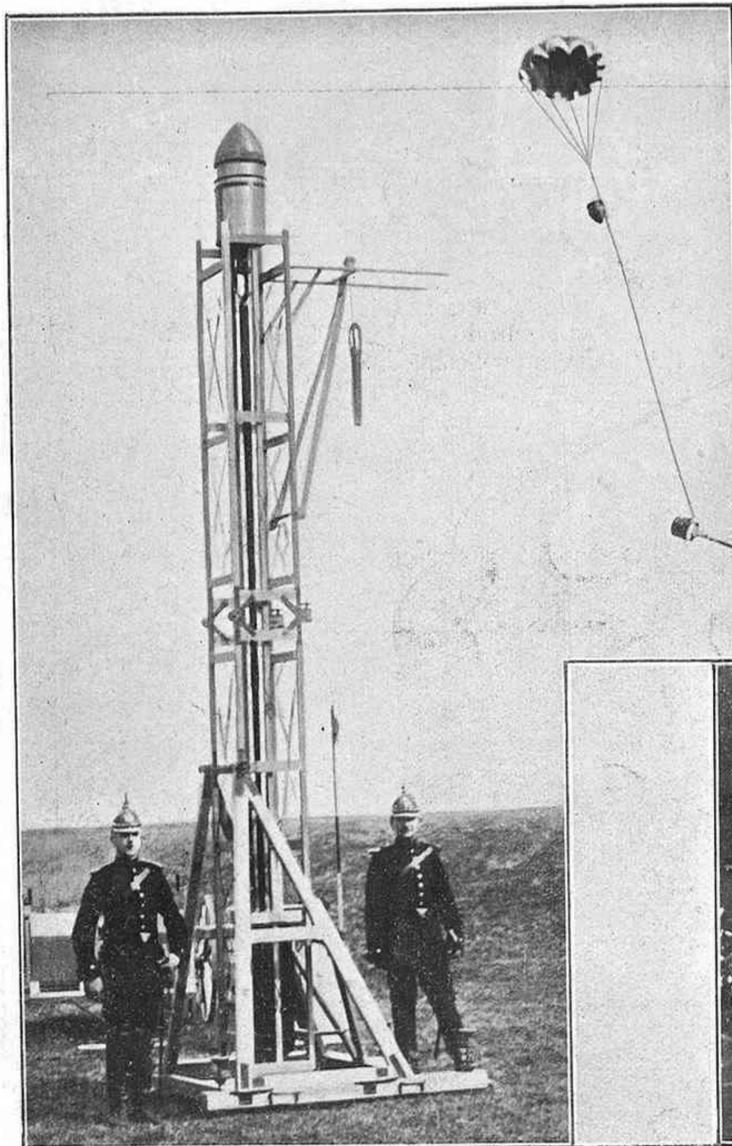
El insigne orador D. Alejandro Pidal dirigió una elocuente salutación al P. Alberá en nombre de Madrid, diciendo entre otras cosas: «Si Dom Bosco fué enviado de Dios, Dom Alberá es enviado de Dom Bosco para continuar su obra y enseñar teórica y prácticamente el Catecismo, a fin de formar ciudadanos para la patria y para el Cielo, en vez de despeñar hombres por los abismos sin fondo de la barbarie.»

Cantóse luego una barcarola a tres voces, y a continuación el Sr. Vivigo leyó un discurso del diputado a Cortes D. Barto-

especiales no han tardado en ser utilizados para fines militares, hasta el punto de que hoy en día las grandes potencias destinan una buena parte de su presupuesto de guerra a la creación de una verdadera flota aérea.

Sin embargo, el aeroplano, por su extraordinaria rapidez, tiene el inconveniente, tratándose de reconocimientos militares, de que las impresiones que el observador recibe son demasiado rápidas y, por consiguiente, poco seguras para servir de base a operaciones.

Para suplir esta deficiencia es menester recurrir a la fotografía. Pero la vista fotográfica de una posición enemiga sólo puede tener valor, desde el punto de vista militar, cuando no ofrezca duda alguna. Si la comarca es conocida por el aviador o hay en ella puntos de mira perfectamente marcados, como lagos, ríos, etc., las imágenes obtenidas podrán ser utilizadas con el auxi-



Aparato del ingeniero alemán Alfredo Maul para obtener fotografías desde una altura de 500 metros. - El aparato lanzador del cohete que lleva la cámara fotográfica. - El paracaídas que devuelve la cámara fotográfica al punto de partida. - Vista tomada con el aparato desde una altura de 500 metros. (De fotografías de la Internationale Illustrations Agentur, de Berlín.)

#### APARATO PARA OBTENER FOTOGRAFÍAS DESDE ALTURAS DE 500 METROS

Cuando hace algunos años se conocieron los satisfactorios resultados del globo rígido dirigible del conde Zeppelin, creyóse que de nada podrían servir ya los globos libres y los globos cautivos. Poco después, los Sres. Parseval y Gros construyeron sus dirigibles flexibles y semirígidos que también lograron buen éxito; y al cabo de algún tiempo llegaron noticias de los Estados Unidos dando cuenta de los experimentos de aviación de los hermanos Wright.

Durante aquel período la navegación aérea hizo grandes progresos y aunque se discutió mucho sobre el valor de cada clase de aparatos, al fin hubo de convenirse en que cada uno tenía sus ventajas y sus inconvenientes.

lio de las observaciones personales por aquél hechas; en caso contrario, el observador difícilmente podrá señalar concretamente los lugares reproducidos por la fotografía. Además, cuando el terreno que haya de reproducirse sea muy extenso, el aviador habrá de volar en distintas direcciones, lo que perjudicará aún más la comprensión de la fotografía obtenida.

Estos inconvenientes desaparecen con el aparato inventado por el ingeniero Alfredo Maul, de Dresde, que permite obtener una reproducción automática de un terreno enemigo desde una altura de 400 a 500 metros, por medio de un potente cohete cargado con cuatro kilogramos de pólvora y provisto de una cámara fotográfica. Este cohete, al llegar al término de su vuelo y por medio de un mecanismo muy ingenioso, abre la cámara y cuando ésta ha tomado la vista, desplégase un paracaídas que en un minuto vuelve el aparato fotográfico con la placa impresionada al punto de partida. El cohete es disparado desde un aparato formado por dos montantes de hierro que se montan y se desmontan con suma facilidad; la longitud total del mismo es de seis metros; su peso, de 25 kilogramos, y las fotografías obtenidas tienen 180 por 180 milímetros.

Para disparar el cohete hay una pesada cureña o aparato de lanzamiento que contiene además los instrumentos para precisar la puntería.

Las ventajas de este sistema son: que necesita muy pocos hombres para su servicio; que se remonta, dispara y desciende en poquísimo tiempo; que por esta misma razón está poco expuesto a los tiros de un ejército enemigo; que puede aproximarse más que cualquier otro aparato aéreo a las posiciones enemigas y por ende las fotografías pueden ser tomadas desde menor distancia; que las fotografías obtenidas son superiores a las tomadas con otros aparatos; que es de pequeño coste relativamente; y que en él se sabe exactamente el punto cuya vista ha de tomarse, lo que no sucede con los demás sistemas.

#### EL NUEVO NUNCIO DE SU SANTIDAD EN MADRID

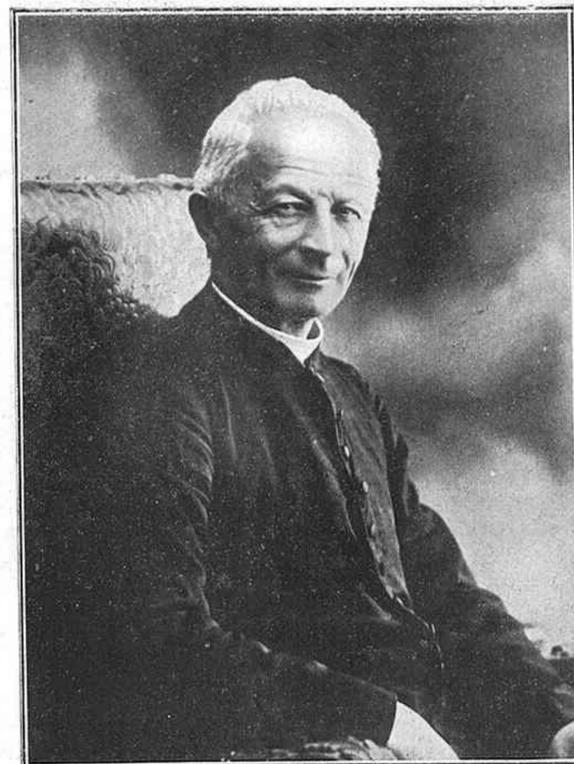
El día 29 de marzo último llegó a Madrid el nuevo Nuncio de Su Santidad en España monseñor Ragonesi. A recibirle en la estación acudieron varios obispos, entre ellos el de Madrid-Alcalá, el primer introductor de embajadores conde de Pie de Concha, varios auditores de la Rota, un capellán de S. M., numerosos curas párrocos y religiosos de distintas órdenes, el personal de la Nunciatura y muchas personalidades ilustres de la alta sociedad madrileña.

Cuando entró el tren diéronse vivas a monseñor Ragonesi, vivas que se repitieron al salir de la estación el prelado.

Al día siguiente, el hasta ahora encargado de Negocios de la Santa Sede en España, monseñor Solari, obsequió al nuevo Nuncio con un banquete, al que asistieron algunos obispos, el vicario general de Madrid, el deán del cabildo catedral, una representación del tribunal de la Rota y otros distinguidos comensales, y en el que pronunciaron elocuentes brindis monseñor Solari, el Nuncio y los obispos de Sión y de Madrid-Alcalá. Monseñor Ragonesi hizo a los dos días de su llegada su visita oficial al ministro de Estado Sr. Navarro Reverter. La entrevista fué, según se dice, en extremo afectuosa y a ella asistieron el auditor de la Nunciatura Sr. Solari y el subsecretario del ministerio Sr. González Hontoria.

El mismo día visitó el Nuncio al presidente del Consejo de Ministros señor conde de Romanones.

lomé Feliu, que no pudo asistir personalmente a la fiesta por hallarse enfermo. También el Sr. Ardisone, exalumno del Co-



El P. Pablo Alberá, superior general de los Salesianos, que recientemente ha estado en Madrid. (De fotografía de Asenjo.)

legio, saludó en sentidas frases al P. Alberá, en nombre de sus compañeros.

Completóse la velada con la ejecución de escogidas piezas musicales y la recitación de varias poesías.



Madrid. - Visita del Nuncio de S. S., Monseñor Ragonesi (1), al ministro de Estado Sr. Navarro Reverter (2). (De fotografía de Vidal.)

Pero la revolución mayor se ha realizado con la invención y perfeccionamiento de los aeroplanos, que por sus condiciones

**La Sal Natural de Sprudel**  
de  
**Carlsbad**  
es la única legítima Sal de

## LOS FABRECÉ

NOVELA ORIGINAL DE PAUL MARGUERITTE. - ILUSTRACIONES DE SIMONT

## PRIMERA PARTE

## I

El capataz Gibal, apodado «Sangre de Buey», atravesó el taller.

— Señorito Florencio, dijo a media voz, el amo ha telefoneado. Le espera a usted a las once media.

No se volvió en seguida, como si tuviese algo que añadir. Era un viejo achaparrado y apoplético, el obrero más antiguo de la Casa Fabrecé.

La había visto en sus comienzos, cuando no era más que una pequeña imprenta, cuando el Sr. Pedro llevaba la blusa negra del cajista; la había visto crecer y prosperar hasta llegar a ser el gran establecimiento industrial de hoy, con su fábrica de caracteres, sus innumerables máquinas, sus rotativas, sus linotipias, sus talleres a la luz roja, sus tinglados nuevos del cine: una empresa colosal que renovaba los procedimientos de la impresión y del grabado, echaba al mercado montañas de papel impreso, matizado de colores, parlante, viviente, quilómetros de películas fotográficas de donde surgía, vibrante, la vida moderna.

Curenta años, durante los cuales el viejo Gibal, con sus grandes ojos de buey de trabajo, había visto crecer y ramificarse la familia del fundador, Pedro Fabrecé, el sabio célebre, miembro del Instituto (1) y del Senado; nueve hijos hermosos, reducidos a ocho por la muerte de la señorita Teresa, y a quienes había visto nacer, desde Juan Marcos, el jefe actual, hasta Florencio, cuyos veinte años atrevidos y extraordinarias disposiciones para el oficio le entusiasmaban.

Dijole en tono paternal:

— Y cuidado con chistar, porque se me figura que su hermano se levantó de muy mal humor.

Florencio se había mordido los labios. Eso es: Juan Marcos le recibiría después del correo, como a un empleado a quien se sermonea, en vez de refírle fraternalmente al levantarse de la mesa, después del almuerzo.

Con un rencor de cadete embromado por el alumno antiguo, alzó el rostro inquieto y pálido que, bajo un pelo rojo cortado en forma de cepillo, presentaba una frente enorme de pensador, unos labios delgados, una barba recogida, con ojos de carbón ardiente, aquellos ojos que le daban, en ciertos momentos como aquél, un aire de maldad, de distinción natural, a pesar de su baja estatura y una ligera claudicación que le mortificaba, parecía, bajo su blusa de trabajo, un aristócrata disfrazado.

— Está bien, iré, dijo de mal humor, atiesándose tanto más contra la reprimenda prevista, cuanto que estaba descontento de sí. Decididamente corría una racha de mala suerte.

(1) La reunión de las Academias.

El auto estropeado ayer, se le podía perdonar. Todo el mundo sabía que era un buen chofer, y si había dado mal la vuelta había sido para evitar aquel estúpido mendigo: ¡pan! contra la pared, la parte delantera de la limosina destrozada; ¡milagro fué que no se matara! Pero lo demás... Dos noches antes, en Fontainebleau, aquella francachela escandalosa en el

Una risita burlona; el vecino de Florencio, un triqueño velludo, se frotaba el dorso de la mano; presagio simbólico de la homilía. Florencio le dirigió tal mirada, que el otro agachó la cabeza, con aire socarrón.

Varios camaradas se encogieron de hombros. Las opiniones sobre Florencio andaban divididas: Decían unos que era un buen muchacho, generoso, a quien se respetaba desde que, haciendo la zancadilla al gran Julio, le derribó al suelo; otros objetaban que era caprichoso, pendenciero, irritable y, en definitiva, de la madera de los amos. Por lo demás, para ir de taller en taller, con arrebatos de agresión seguidos de retiradas que parecían actos de cobardía, en vez de estar tranquilo en su casa, era preciso que estuviese un poco chiflado.

Hastiado, abandonó su trabajo. En el patio, Sangre de Buey le hizo de lejos una señal de amenaza amistosa. El pequeño tren eléctrico reservado a los empleados y que ponía en comunicación los establecimientos con la casa particular, iba a toda velocidad. Florencio saltó al estribo, con riesgo de chocar contra el coche inverso.

— Nada mejor para matarse, muchacho, dijo el ingeniero Virquot, que estaba sentado en la almohadillada banqueta, con un montón de papeles sobre las rodillas.

— Para los torpes, replicó el otro desdenoso; pues despreciaba a Virquot, hombrón hipócrita, que había aspirado a la mano de Isabel, su hermana segunda, hoy casada con Cirilo Jacquemer.

Y como ciertas presencias le eran insoportables, no esperó que el coche parase para bajar, con el talón y el cuerpo tan atrás que Virquot se incorporó, pensando verlo estrellarse; pero Florencio había recobrado al punto su equilibrio, y desaparecía

rápido por la portezuela del parque.

Cambio de decoración. Después de las altas chimeneas de fábrica, tejados paralelos y paredes bajas, después de los patios sin árboles, y, en segundo término, las monótonas habitaciones de obreros, casas de hierro, cristal, ladrillos y cemento, rígidas, geométricas y desnudas, aparecía el fresco y lozano bosque del cual la finca Val-Montoir, antiguo pabellón de caza real, ocupaba diez hectáreas, que bajaban en suaves pendientes y repliegues vallados hasta el caudaloso Sena.

A media altura, la casa. Un cuerpo de edificio antiguo, habitación de los padres, flanqueado de dos alas nuevas, ocupadas por los hijos, con un jardín a la francesa y una terraza con balaustrada, desde la cual se descubría el panorama de agua, campos y bosques. Para acortar, un ascensor subía y bajaba, oblicuo, entre dos trincheras cubiertas de césped.

Florencio prefirió tomar el atajo. Al llegar al gran Fresno plantado, según la leyenda, por Sully, una mano se le puso sobre el hombro.



Florencio había vuelto la cabeza y ella vió saltar gruesas lágrimas de sus párpados

hotel del Gran Rey, con sargentos de dragones, degenerada en riña en un café cantante.

Y era un intelectual, orgulloso de sus conocimientos, un aficionado a las lecturas filosóficas, lo mismo que a los buenos versos, un artista a ratos, loco por la pintura y por la música. No, era inútil echárselas de listo. Lo que sentía más era la obsesión de una cara femenina hinchada, llena de colorete, rodeada de cabellos postizos, y, debajo del ojo, la amoratada huella de un puñetazo ciegamente dado por él al vuelo, estando borracho, en medio de la refriega, él, un señorito rico, un miembro de la sociedad selecta, él, un Fabrecé.

¿De dónde le venían esos instintos de violencia que se manifestaban en él como una crisis? ¿Por qué difería tanto de los suyos?

Sangre de Buey se había alejado, indulgente. Era natural que el «muchacho» hiciera las locuras propias de la juventud. Pero con el señorito Juan Marcos no se podían gastar bromas. Y, después de todo, estaba en su papel de hermano mayor y de jefe.

— Mira.

Su hermano Antonio, muchacho grueso, en mangas de camisa, le enseñó su americana formando saco de donde asomaban una cola leonada que parecía un penacho y una cabecita con ojos vivarachos.

— Una ardilla que nos cayó sobre la cabeza y asustó tanto a Miga que la muchacha huyó.

— ¿Qué vas hacer con este animalito?

— Vas a verlo. Anda, vuelve al sol de la libertad.

Puso suavemente la americana en el suelo, y la ardilla, un momento azorada, miró a derecha e izquierda, y en tres saltos huyó.

Antonio, con la boca abierta, la miró desaparecer y se echó a reír, sin ruido. Tenía las facciones bastas y la mirada vaga y falta de expresión: las manos y los pies muy anchos y los ademanes rústicos; olía a tierra fresca y recordaba asombrosamente al abuelo José María Fabrecé, carabinero de Carlos X, vuelto a su vida de campesino y muerto en su casita del Pequeño Barbo, entre sus campos y sus bestias. La abuela Ana le había seguido de cerca; y estas dos figuras de sencilla virtud eran veneradas como los puros orígenes de la familia.

— ¿Conque Miguita estaba aquí?

— Sí, había traído tulipas a la superintendente.

Daban este nombre, en razón de sus funciones, a su hermana mayor, Sofía.

Florencio se sonrió. Le interesaba el amor de Antonio por su hermana de leche, la linda Jenny Rosa, que conservaba su nombre de la infancia, Miga, o Miguita, porque tenía el sabroso brillo del pan blanco. Su madre, la nodriza Noemía, los había criado juntos. Ella vivía en Val-Changis, casada en segundas nupcias con un buen hombre, medio sordo, arbolista y jardinero.

— ¿Miguita sigue queriéndote?

Antonio no contestó en seguida; era lento y de pasta más común que sus hermanos. Salido del regimiento parecía no haber adquirido en el servicio militar sino un aumento de desarrollo físico; llevaba camino de ser enorme a los treinta años. Pero le gustaba a Florencio por su candor y su bondad.

— Sí, dijo Antonio, nos queremos mucho.

Florencio le contemplaba con ojos brillantes y tiernos:

— ¿Pero no haces disparates, eh?

— ¿Qué disparates?

— ¿No?.. En fin, sería una lástima. Esa criatura es muy linda.

Antonio se puso colorado; luego replicó, indignado de semejante suposición:

— Yo respeto a Miga y, si así no fuese, ella se haría respetar. ¡Vaya unas cosas que se te ocurren!

— No te enfades, ya lo sé... eres una excelente persona. Por esto te veo siempre con gusto.

Antonio preguntó:

— ¿Y adónde vas?

— El gobernador me espera.

Se daba ese nombre a Juan Marcos, por malicia, pero con deferencia. ¿No era, después de los padres, el primero de los Fabrecé, el guía y el sostén? En él se encarnaban la autoridad y el relieve de aquella gran familia cuyas cartas de nobleza databan de veinticinco años apenas y que estaba tan orgullosa de su fuerza y de su unión como un tronco de vieja casta.

— También me espera a mí, dijo Antonio. ¿Qué me querrá?

Florencio volvió a sonreírse, lo cual le daba una gracia inesperada y encantadora:

— ¿Y lo preguntas? Va a reprenderte a causa de Miga.

— ¡Ah!, suspiró Antonio, la superintendente ronda siempre por donde nada tiene que hacer. Habrá vuelto a contarte chismes.

Y añadió con pesimismo:

— Y Juan Marcos se halla retenido en el cuarto con un ataque de gota en el pulgar del pie. Imagínate si estará de buen humor.

— ¡Bah!, dijo Florencio que se dirigió hacia la casa silboteando, con el corazón más libre.

El contacto de Antonio le calmaba siempre.

En su cuarto reinaba un fantástico desorden, que él no quería que nadie tocara. Planos y manuscritos cubrían una mesa sostenida por caballetes, entre los libros de Nietzsche con hojas dobladas y llenas de notas, y la *Ética* de Spinoza. Sobre su estante, un tarro de agua bañaba una pequeña escala en que varias ranas verdes servían de barómetros.

Aca y acullá, sus propias obras: un lagarto mineralizado que empezaba a oler a farmacia; la partitura de su *Primavera mojada* (indescifrables jeroglíficos) abierta sobre el piano; colgados de la pared, pequeños cuadros sin marco y de colores extraños, sobre todo un retrato de la «condesita», Madama Palotzeff, su hermana tercera, de tal audacia impresionis-

ta que Simona, favorecida con ojos morados, labios azules y mejillas amarillentas, había rehusado asustada aquel honor.

Llamaron discretamente a la puerta.

— ¿Se puede entrar?

Era la dulce figura de Isabel, con su tez mate de reclusa, su tranquila expresión de vida interior.

Llevaba partido su pelo castaño, simplemente atado con una cinta de terciopelo negro. Sus vestidos negros tenían por todo adorno un cuello y puños blancos, traje de religiosa laica que había adoptado desde la fulminante desgracia: su marido, a quien adoraba, cegado en pocas horas por una hemorragia retinal.

El día antes, Cirilo Jacquemer profesaba en la Sorbona. Historiador distinguido y alma exquisita, pero de una sensibilidad tan grande, que Isabel, los primeros días, temía que se suicidase.

Ella se había consagrado a los trabajos de su marido como lectora, secretaria, dactilógrafa, a fin de que él pudiese continuar la vida intelectual que le era indispensable. Tenía la grave sonrisa de las que se han entregado por completo al sacrificio, y resplandecía de belleza moral.

Su perfección desalentaba a Florencio, que la adoraba y se sentía indigno de ella.

Adivinó que estaba enterada de todo.

— ¡Oh, Isabel, cómo debes despreciarme!

Ella le miraba con una ternura afectuosa, atraída por aquella naturaleza tan opuesta, hecha de contrastes bruscos y de un encanto indefinible.

— Mi pobre Florencio, ¿estabas en tu cabal juicio?

El acento de aquella voz le penetraba deliciosamente, dolorosamente, hasta la médula de los huesos, le daba ganas de llorar o de besar frenéticamente la orla de su vestido. La ignorancia de sus escapadas se le apareció bajo una claridad excesiva, y, pronto a exagerar, se tuvo horror:

— ¿Se ha enterado mi madre?

— No, está enferma, y se le ocultará.

— ¡Enferma!.., exclamó alarmado. ¿Qué tiene?

Tenía por la señora Fabrecé el apasionado culto con que todos sus hermanos y hermanas rodeaban a la admirable mujer, la noble compañera del gran Fabrecé.

— No te asustes. Sin embargo, sí, necesita de cuidados. Nuestro amigo Le Jas acaba de auscultarla; sufría sin quejarse: tiene el corazón fatigado.

Florencio había vuelto la cabeza, y ella vió saltar gruesas lágrimas de sus párpados.

— Si supieras, dijo tristemente, no es enteramente mía la culpa. Lucho contra mí durante semanas, y luego...

— Porque tu existencia carece de objeto y de disciplina. Sueñas demasiado; te haces ilusiones demasiado grandes. La vida no necesita tantas para ser bella. Un solo deber basta.

— Tienes razón, tienes razón. Pero tú eres perfecta.

— ¡Oh!, Florencio, contestó ella con una melancolía llena de gracia; ¡disto tanto de lo que tú dices! Soy una pobre mujer. Y muy poco razonable. Por ejemplo, estoy contentísima de la llegada de Simona, y, sin embargo, ¿creerás que la idea de verla con sus hermosos hijos me hace sufrir, a mí que tanto hubiera querido tenerlos?

— ¡Mi querida Isabel!

Ella continuó:

— He venido a tranquilizarte un poco sobre lo que sabes...

Y bajando la voz:

— He ido en busca de esa mujer...

— ¿Esa a quien herí? Di golpes al azar, sin embargo, me porté como un carretero. ¿Y has ido tú a verla?..

— Sí, Juan Marcos temía el escándalo, ataques de periódicos, una demanda... He visto a esa pobre muchacha y, a ruegos míos, no acudirá a los tribunales.

— ¿Cómo no fuí a pedirle mil perdones?

— Se marchó y... no ha querido aceptar dinero.

— ¡Oh!, exclamó Florencio, poniéndose colorado. ¿Qué pensará de mí?

— Nada. Olvida esa triste aventura.

Él bajó los ojos: su orgullo sufría ante el mal gratuito que había causado y la severidad, demasiado indulgente, de su hermana.

— Isabel, ¿crees poderme dar la mano?

Ella se acercó a Florencio y le puso en la frente un ósculo de paz. Él ocultó el rostro con el corazón oprimido, y pegó su frente al cristal de la ventana.

Cuando volvió la cabeza, Isabel había desaparecido.

## II

La señorita Sofía desplegaba su humor quisquilloso. Había reconvenido a la cocinera, reñido al jardi-

nero, hecho llorar a una de las camareras, intimado a Gervasio, el viejo maestresala, que no volviese a servir Burdeos de la segunda bodega sin sus órdenes.

Era una bella mujer alta, secada por sus treinta y seis años, y acusaba en sus facciones sin frescura y en sus gestos sin suavidad la prepotencia del título de superintendente, que ella aceptaba sin sonreír y justificaba con una puntualidad infatigable. Hada de la casa cuya susceptibilidad había que evitar y con la cual había que tener siempre choques.

No había nadie que no lo supiese por experiencia. Tal cual era y a pesar de sus defectos, se hacía querer por sus cualidades, su rectitud y su energía. Además, después de Juan Marcos, era la mayor, y participaba de su supremacía.

Estrechamente enfundada en una blusa blanca de seda lila y una falda de seda ciruela, con el moño hueco, ondulado y dividido por un mechón gris, manoseaba la cadenita de oro de su impertinente o el limosnero de plata que pendía de su cinturón de cuero.

Esas maneras de coquetería tardía hacían sonreír un poco a los que sabían que la superintendente era sensible a los homenajes, aunque recelosa del amor, a causa de la cruel decepción de sus treinta y seis años: las insinuaciones, retiradas a última hora, de un pretendiente noble y millonario. Desde entonces, había rehusado superiormente dos o tres partidos, contenta así según ella afirmaba sin convencer a nadie y sin convencerse a sí misma.

Hacía su inspección habitual. Después de la galería, el gran salón, pasando el dedo sobre los espejos y sobre los muebles, para cerciorarse de que no quedaba un grano de polvo. Una tos contenida la hizo hacer un movimiento brusco. Se puso colorada al reconocer al Sr. Virquot que, con una suntuosa sonrisa, la saludaba profundamente.

¡El Sr. Virquot! Cosa rara: se había encontrado con él tres veces en aquella semana. ¿Era casualidad o coincidencia? ¿No se había puesto colorado también? ¿Es que?.. Un homenaje sincero halaga siempre. Súbitamente la había inquietado un granito seco que tenía en la barba y había ido en seguida a cubrirla de polvos de arroz.

¿El Sr. Virquot? No era feo, y según decían, era hombre de mérito. De esto a sospechar un pretendiente lleno de tacto, y por lo demás sin esperanza, no había más que una ilusión. La señorita Sofía la salvó. Inmediatamente su pudor alarmado se prometió evitar al hombrón; sin embargo, su deferencia la había encantado.

En cuanto a Virquot, este encuentro le produjo el efecto de una descarga eléctrica. ¡El imbécil que no había pensado antes en ello! ¡Claro es que la frescura no era excesiva... En cambio, la dote!.. Y Virquot admiró en el espejo su cutis descolorido, su cuello vuelto y su corbata, un lazo de confección con una perla falsa.

Encontrándose en el primer piso, Sofía visitó las habitaciones de los Palotzeff. Faltaban en ellas varias cosas: almohadas en las camas de los niños. Las habían cogido sin consultarla, para Mimí y Neneta, las hijas de la pobre Claudia. Una nimiedad, sin duda, pero acusaba los instintos parsimoniosos de la segunda mujer de Juan Marcos, Armanda, respecto a sus hijastras, mientras que por lo que tocaba a sus hermosos mellizos, Pedro Juan y Juan Pedro, no le importaba el precio de la pluma y del encaje.

Sofía iba a reclamar las almohadas, por principio. También había que renovar el adorno del tocador; pero puesto que los Palotzeff no llegaban hasta la semana próxima...

La idea de ver a Simona la regocijaba. Se entendían bastante sin otra paridad de gustos. Pero no podía sufrir al marido, Sergio. No podría acostumbrarse a su perpetua ironía ni a sus impertinencias mordaces.

¿De dónde venían ahora? ¿De Florencia? ¡Qué manera de viajar! Conde ruso, naturalizado ciudadano americano, y que esta incongruencia unía muchas otras. Sergio paseaba a su mujer por todos los ámbitos del mundo: un invierno en Roma, un verano en Escocia, como verdadero niño mimado, ocioso, *diletante*, apto para todo y bueno para nada.

¡Pobre Simona! ¡Y pensar que había estado a punto de morir de pena porque se había opuesto durante dos años a aquel matrimonio! Una crisis de neurastenia negra que la condujo un día a arrojarle al estanque grande de Aguas Vivas. A no ser por Antonio, todavía adolescente, que se echó valerosamente al agua para salvarla...

¿Era al menos feliz? Si el dinero hace la felicidad, lo era tal vez. Pero Simona no tenía más que veinticinco años, era tierna, buena, sensible: lo bastante para hacerla sufrir, con un hombre de amor propio

y de una irritabilidad enfermiza bajo sus exterioridades de galante seducción.

Cuando su última estancia, estaba muy cambiada, distraída; hasta se la hubiera creído desahogada de Iván y de Betty que tenían, sobre todo Iván (vivo retrato de su padre), tanta necesidad de vigilancia.

Sofía se mordió los labios; nadie le quitaría ciertas ideas de la cabeza. Atravesó un corredor, se encontró en la habitación de Jaime, el cónsul de China, a quien no veían más que cada tres o cuatro años y cuya llegada era entonces una fiesta para la casa: «¡El chino va a venir, el chino se embarca, el chino llegará aquí el 15!»

Efectivamente, estaría aquí dentro de ocho días y su permanencia sería al menos de seis meses. ¡Cuán grato era encontrarse todos reunidos; en una gran corriente de ternura renovada y en el momento en que se iba a celebrar los cuarenta años de matrimonio de los papás!

Pero Sofía cayó en la cuenta de que pensando en los ausentes se olvidaba de los presentes, de su hermano el oficial, su herido. Allí estaba, sin embargo, el «Caballero sin miedo y sin tacha», apodo demasiado largo, ella prefería llamarlo Oliverio, vuelto con licencia del Ouadai y dispuesto a volver a partir para Dakar, cuando su herida, un balazo en el húmero, reabierto después de su convalecencia en Val-de-Grâce, estuviese curada.

Oliverio, su preferido después de Juan Marcos. Por Juan Marcos sentía verdadera adoración, una especie de fetichismo, un culto particular en que se resumían su orgullo familiar, su respeto al jefe de la prole, sus ambiciones para el porvenir de los Fabrecé. Oliverio gozaba de otra clase de veneración: la que suele tenerse por una persona elevada y distante. Sofía reconocía su superioridad sin saber manifestarle todo su afecto intimidado, porque le producía a menudo la impresión de un cura o de un apóstol, por el ascetismo de su vida y la seriedad de sus pensamientos.

Estaba leyendo las Memorias de Blas de Montluc. Le gustaban aquellas prosas rudas y concentradas. Alzó sobre ella sus negros ojos que brillaban con un reflejo de fiebre en su tez pálida. Un bigote negro y fino subrayaba el diseño de una boca altiva. Su brazo en cabestrillo dejaba colgar una mano fina marcada por una cicatriz, un surco de lanza africana.

—¿Cómo te encuentras hoy?, le preguntó ella con afabilidad, ella que tenía siempre una voz penetrante. Él se sonrió; su gravedad habitual se revistió de dulzura.

—Cada vez mejor; espero poder ir a París dentro de poco.

—Si el doctor lo permite.

—Si lo permite, naturalmente.

—¿Tienes amigos que ver, diligencias que practicar?

—Sí.

Las señoras Sarnel lo atraían, probablemente. Había continuado en relación con ellas, desde que les había transmitido la despedida, la sortija y el reloj de Andrés Sarnel, su camarada, muerto en la ambulancia de resultas de sus heridas.

—¿No estás bien aquí?

Él contestó evasivamente:

—Volveré.

Desconfiada, no se atrevió a insistir. Pero una sospecha celosa se precisó, porque temía toda posibilidad de amor, como un peligro o una decadencia. Y las Sarnel no le gustaban mucho. ¿Por qué? Quizá a causa de la marcada amabilidad de la madre y de la hija menor, pues las otras dos, una lisiada y la otra tan enferma...

Sin embargo, sabía que Oliverio no pensaba ni remotamente en casarse; hasta evitaba hablar de matrimonio y no se le había conocido ningún amor.

Ella veía en esto una señal de pureza que respondía demasiado a su propio ideal para poderse reprochar; y si se le hubiese objetado que no era del todo indiferente a preocupaciones más frívolas, como poco antes, se hubiera indignado, pero sin tratar de conciliar aquellas contradicciones femeninas.

Sobre la chimenea, una fotografía descolorida, de las que datan de algunos años y han pasado de cuadro en manos, llamó su atención: el uniforme colonial, los dos galones de Oliverio; pero la cara le era desconocida, una cara dulce y macilenta, alargada por una barba flotante. Sofía se acercó:

—¿Permites?..

—Andrés Sarnel.

Acentuó este nombre como una presentación.

—¿Te lo había dado?

—No. Me lo ha dado su familia como recuerdo.

—¡Ah!.. ¿Le querías mucho?

—¡Era un ser excepcional! El verdadero tipo del soldado; una abnegación, un estoicismo... Su herida

era abominable. No quiso que le cloroformizaran. No hizo más que cogerme la mano mientras le operaban.

Sofía palideció:

—¿Cuando pienso que podría sucederte lo mismo!

—Es nuestro oficio. No es grande sino en razón de los peligros.

—Por más que digas, es espantoso.

—Así es.

Y añadió pensativo:

—Lo más hermoso de Sarnel era la sonrisa del alma, la alegría interior.

—¿Tú no la posees?

—La busco.

—Sin embargo, no te falta vocación.

—Allí, sí, soy verdaderamente soldado.

—¿Y aquí?

—Soy un hombre.

Sofía, que no era tierna, lloró.

—Oliverio, ¿eres desgraciado?

—Ni desgraciado, ni feliz, Sofía. ¿Qué importa?

¡La felicidad!..

Su gesto desdeñoso alejó el eterno espejismo de que los hombres viven y mueren.

—¿Cómo quisiera comprenderte! ¿No tienes confianza en mí?

Él sonrió:

—Dejemos eso. ¿Vamos a ver a mamá?

—Está descansando en este momento.

Y Sofía le enteró de lo que el médico había dicho.

Justamente entró Enrique Le Jas, un hombre trigueño, fornido y de una simpática franqueza, amigo íntimo de la casa.

—¡Qué hospital!, dijo alegremente. El brazo del teniente, la gota del jefe, la coriza de Pedro Juan y el cólico de su hermano menor.

—¿Y Neneta?, preguntó Sofía. ¿La ha visto usted? Tosía mucho.

—No me la han enseñado.

Sofía miró a su hermano para atestiguar la injusticia sorda que la preocupaba: aquella indiferencia de Armanda; por no decir su hostilidad para con las hijas de la muerta.

Pero Oliverio no pensaba más que en su madre. Le Jas tuvo que tranquilizarlo: y como se disponía a curarle la herida, ella se retiró pasando a la otra ala del edificio en que tenían sus habitaciones Juan Marcos y su mujer.

Descontenta, dijo en voz alta:

—Eso no está bien.

Su pensamiento se remontaba a cinco años atrás, evocando a Claudia. ¡Pobre mujer! ¡Una verdadera criatura!.. Cerebro confuso, impulsos bruscos, nerviosidad enfermiza. ¡Cómo temblaba ante Juan Marcos, que a veces se mostraba duro con ella! La verdad es que, poco práctica, incapaz de dirigir su casa, llena de buenas voluntades impotentes, pronta a llorar, a desesperarse, a armar escenas, celosa por añadidura, y no siempre sin motivo — ¡seamos justos! — le exasperaba con frecuencia. Frágil, no pudo resistir a una neumonía complicada con un mal trancazo. Mimi tenía entonces dos años y Neneta once.

Juan Marcos se casó en segundas nupcias un año después. Nada tiene de extraño que, a los treinta y cuatro años, no hubiese podido soportar la soledad. Había llorado sinceramente a Claudia, con pena, y quizá también con un poco de remordimiento. Pero aquella unión, de temperamentos tan opuestos, no le había hecho bastante feliz para que permaneciese esclavo del pasado.

Y en cuanto a la elección que había hecho de Armanda, nada había que decir, después de todo: situación, cualidades de mujer de gobierno, buena presencia, agradable trato. Era la esposa que convenía a Juan Marcos. Esto lo debía a aquellos niños tan hermosos que, a los tres años, eran unos Hércules, gorditos y rosados. ¡Y no estaba poco orgulloso de ellos! Mientras que Neneta y Mimi crecían delicadas como su madre. Pero, ¿no era un motivo para que la madrastra las rodease de cuidados y de ternura? ¡Ah, las mujeres!.. Hasta las mejores dejaban que desear... Y Armanda, ¿era de las mejores?

Sofía casi lo dudó:

—No, eso no está bien.

Veinte veces había acudido a sus labios una observación amistosa; pero, además de que el asunto era delicado, sus relaciones con Armanda guardaban una corrección clara, si no una inteligencia absoluta. ¿Era cosa de exponerse a comprometerlas? ¡Los rozamientos se producen tan pronto... se agravan tan fácilmente!.. ¿Y cómo tomaría la cosa Juan Marcos, de autoridad recelosa y parcial por su mujer?

«Hablaré de ello a la abuela», pensó Sofía.

Táctica acertada: un poco de diplomacia no está nunca de más, donde hay en juego tantos intereses

y conflictos. Una gran familia se parece a un convento; bajo la uniformidad de las reglas, los caracteres divergen, las influencias se entrecruzan.

Sofía retrocedió para ir a ver a la señora Siglet-du-Salt. La anciana paralítica, pero lúcida aun para sus ochenta y siete años, adoraba a Neneta y a Mimi, y hasta, con la injusticia de los viejos, en quienes el raciocinio debilitado deja puesto al instinto, no quería ya a nadie más que a ellas, indiferente a los hijos de Simona y hasta a los gemelos de Armanda. La autoridad de sus años y su rango de bisabuela la calificaban para intervenir; y, si fuese necesario, mamá Reina, a pesar de imponerse una gran reserva, vendría en su ayuda.

Una sombra se disimuló cuando Sofía pasó por delante de la puerta de cristales de una lencería. Entrar, no ver a nadie y descubrir, detrás de un alto cesto de ropa, a una niña con sombrero a la marinera, falda corta y cartapacio debajo del brazo, fué obra de un momento.

—¿Eres tú, Neneta?, dijo asombrada. ¿Por qué te ocultas?

La niña acababa de llorar y tenía una mejilla encarnada.

—Por nada, tía.

Muy delgada, fina, rubia, con la cabeza afilada y grandes ojos azules algo espantados, bonita por poco que hubiese engordado, semejante a las yemas frías para las cuales la primavera siempre tarda, Antonieta bajó la cabeza, con aire de un animalito cogido en el lazo.

—¿Cómo por nada? ¿Tienes miedo de mí?

—Sí. ¡Oh, tía, no!

—¿Sí o no?

Sofía levantó la voz:

—¿Qué es eso? ¿Vas a mentir ahora?

Esta rudeza desconcertó a la muchacha.

Ya tenía quince años. ¿Quién lo hubiera dicho? Su trastorno llamó cada vez más la atención de la señorita Fabrecé.

«Son testarudas y falsas», insinuaba Armanda. ¿Sería verdad?

—Quiero saber lo que hacías aquí.

—¡No se lo diga usted a mi madrastra, se lo suplico!

Y Neneta, que no se resignaba a decir «mamá», en su amor a la muerta, prorrumpió en llanto, lo cual emocionó a Sofía:

—¡Pobre hija mía, yo no te quiero ningún mal! ¿Por qué me tratas como a una extraña?

Dispertábanse en ella sentimientos que hubiera definido mal, y que la hacían apiadarse de las hijas de Claudia, como había compadecido a su cuñada, pero recordando su incompatibilidad y sin comprender aquellas naturalezas semejantes, vibrantes todas, sensitivas replegadas al más ligero choque.

—No es usted una extraña para mí, tía. Tuve miedo de ser reñida porque... porque iba, a pesar de que mi madrastra me lo prohíbe a estas horas, a ver a mi abuela.

—Ven allá conmigo, dijo la señorita Fabrecé. Pero no eres ya una niña para llorar así.

—¡Oh! sí, tía, soy una niña, puesto que hace un instante mi... mi...

Los sollazos la ahogaron:

—La madrastra me ha abofeteado.

Sofía tuvo un sobresalto:

—¿Abofeteada? ¿Por qué?

—Porque es nerviosa. Dijo que yo había contestado groseramente, pero no era cierto.

Sincera, evidentemente. Sofía no contestó nada, pero la estrechó contra su pecho.

—Ven a explicarte delante de la abuela, pero tranquilízate, razonablemente; hay que respetar su edad.

—Es verdad. Soy muy egoísta.

—Enjuga tus lágrimas. Así. Me gustan las personas animosas.

Y añadió con gravedad:

—Y otra vez, Antonieta, no te ocultes de mí.

### III

Armanda y Juan Marcos, en el gran gabinete de trabajo, cambiaban vivas réplicas; ella, sin miramientos, con los nervios descompuestos, y él, atento, con la mirada emboscada debajo de sus espesas cejas, con una sonrisa de parada que le adelgazaba los labios.

Conservaba su sangre fría, allí donde la perdía ella, como poco antes al descargar su cólera sobre Antonieta.

Las sienas de Juan Marcos se volvían grises; bajo una ancha frente blanca, su rostro curtido y su quijada gruesa revelaban algo de imperioso.

(Se continuará.)

## PARÍS. - CONCURSO DE ZAHORÍES. (Fotografías de M. Rol.)

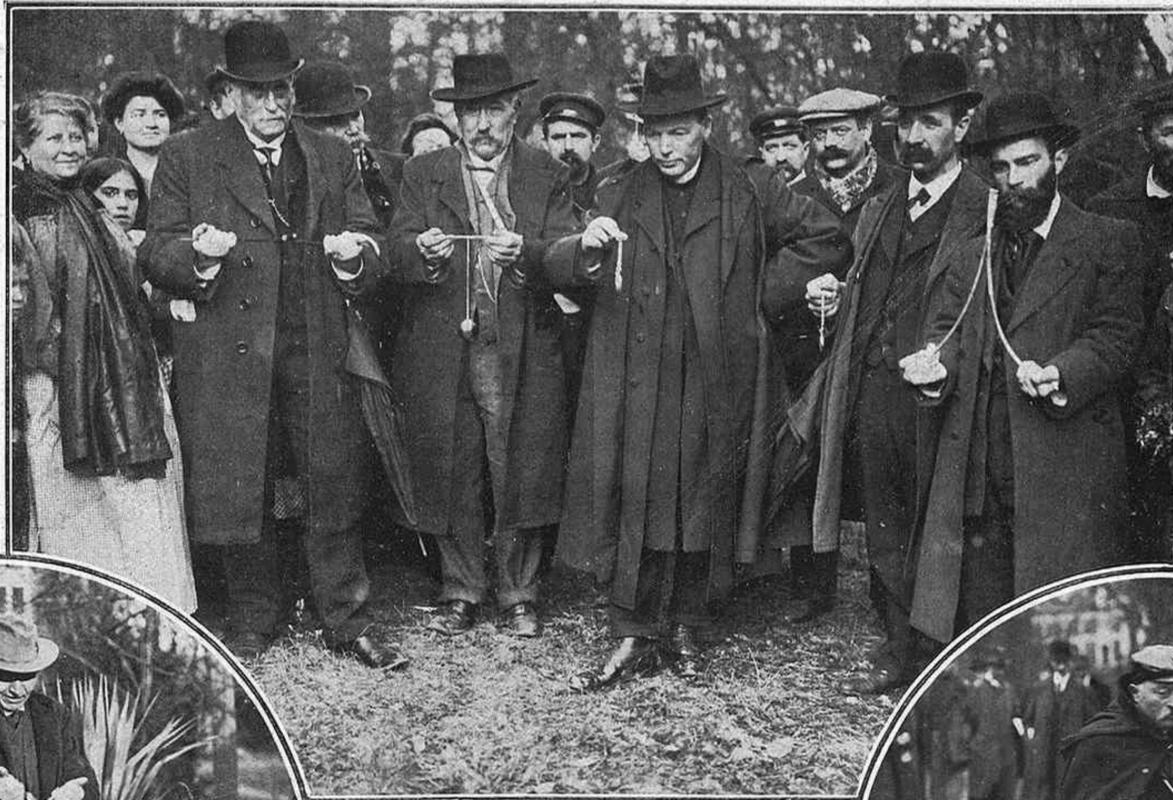
Hace pocos días se ha celebrado en la capital de Francia un concurso originalísimo, no tanto por lo que en sí significaban las pruebas que en él debían realizarse, como por las circunstancias especiales en que se efectuó y que demuestran que hoy en día también los hombres de ciencia se preocupan en estudiar seriamente cosas que hasta ahora habían sido consideradas como vulgares supersticiones.

El concurso a que nos referimos ha sido un concurso de zahoríes o, dicho en términos más científicos, de raddománticos. Sabido es que los zahoríes son unos in-

de experimentos: descubrimiento de cavidades subterráneas y descubrimiento de masas metálicas es-

sencia de una cantera subterránea, llegando hasta a especificar que estaba sostenida por cuatro pilastras, lo que era absolutamente cierto; los otros dos hicieron también varios descubrimientos de cavidades que realmente existen en aquellos lugares. El Sr. Pelaprat hizo aún más, pues afirmó la existencia de un yacimiento de carbón a una profundidad de 180 metros; este yacimiento no consta en el plano de la prefectura.

En las pruebas realizadas en Argenteuil, en el parque del castillo Mirabeau, tratábase de descubrir una pieza de hierro fundido y otra de bronce escondidas



Grupo de zahoríes

condidas a cierta profundidad del suelo. Los primeros se efectuaron en el bosque de Vincennes y los segundos en Argenteuil, y unos y otros fueron presenciados por los Sres. Viré, profesor de biología subterránea en el Museo de Historia Natural, y Martel, presidente del comité de estudios científicos del ministerio de Agricultura, ambos con representación oficial. Además asistieron muchos hombres de ciencia y periodistas y un gran número de curiosos.

En los experimentos del bosque de Vincennes, los zahoríes habían de descubrir, describir y delimitar varias cavidades subterráneas cuyo emplazamiento sólo conocía el señor Viré, que lo sabía por unos planos que le había facilitado la prefectura del Sena. Cuatro fueron los

El zahorí Sr. Pelaprat descubriendo una cavidad subterránea a 180 metros de profundidad

en el suelo y perfectamente disimuladas. La primera fué descubierta por todos los zahoríes, entre los cuales se distinguieron muy especialmente el señor Pradey y el Padre Mermet.

dividuos dotados de una sensibilidad tan extraordinaria que, sin más ayuda que una varita cualquiera o una barra imantada, descubren lo que hay oculto debajo de la tierra, aguas subterráneas, minas, cavernas, etc.

Preciso es confesar que el número de los que no creen en tal virtud es infinitamente mayor que el de los crédulos y que hasta el presente han sido por lo general estimadas como supercherías las pruebas por los zahoríes realizadas, achacándose a pura casualidad si alguna vez acertaban en sus predicciones. Pero ahora, después del concurso efectuado en París, sería injusto adoptar respecto de este asunto una actitud sistemáticamente negativa y mostrarse escéptico *a priori*.

En efecto, los experimentos de que luego daremos noticia se han hecho con todas las garantías de seriedad apetecibles, y han sido presenciados y comprobados por varias eminencias científicas, y los resultados obtenidos en estas condiciones han sido por demás satisfactorios.

El concurso fué organizado por los Sres. Mager, Durville y de Champville, y comprendía dos clases

que realizaron estas pruebas, los Sres. Pelaprat, Prost, Courranges y Lebrún: el primero indicó exactamente el sitio en donde había una cavidad, a una profundidad de 180 metros; el segundo señaló la pre-

no será que los profanos se abstengan de entregarse a optimismos que pudieran ser prematuros y también a escepticismos que ante la realidad de los hechos parecen injustos e infundados. - S.



El jurado observando a uno de los concurrentes

Todos los que presenciaron estos experimentos, y entre los cuales predominaban los incrédulos, quedaron altamente admirados del éxito obtenido.

El propio Sr. Viré, cuya autoridad científica no puede ser discutida, manifestó que a pesar de las circunstancias algo defectuosas en que las pruebas se efectuaron, había motivo para mostrarse satisfecho. «Estos ensayos, dijo, merecen ser continuados, pues los primeros resultados son muy satisfactorios. Es evidente que en todo esto hay algo digno de ser estudiado con desapasionamiento y sin ideas preconcebidas.»

Mientras las corporaciones científicas dedican su atención al estudio y discusión de este problema, buen-

MADRID. - INAUGURACIÓN DEL INSTITUTO FRANCÉS.

El día 26 del mes próximo pasado, efectuóse la solemne inauguración del edificio destinado a Instituto Francés.

La sesión inaugural fué presidida por el exministro de Francia Sr. Steeg, expresamente delegado para ello por su gobierno, quien tenía a su derecha al presidente del Consejo de Ministros señor conde de Romanones y al ministro de Estado Sr. Navarro Reverter, y a su izquierda al embajador de Francia señor Geoffroy y al ministro de Instrucción Pública señor López Muñoz.

Detrás de la mesa presidencial hallábase los señores Coulet, director del servicio de las Universidades francesas; Collignon, miembro de la Academia de Inscripciones y Bellas Artes de París; Boyet, director de la Enseñanza superior en Francia; Conde y Luque, rector de la Universidad Central; Altamira, director general de Primera enseñanza; y los rectores de las Universidades de Burdeos y de Tolosa. Ocupaban sitios preferentes en el estrado varios catedráticos de la Universidad Central y de los Institutos de San Isidro y del Cardenal Cisneros y otras distinguidas personalidades. Pronunciaron elocuentes discursos los Sres. Lapie, rector de la Universidad de



Madrid. - Sesión inaugural del Instituto Francés, presidida por el representante del gobierno francés y exministro Sr. Steeg. (De fotografía de Vidal.)

españoles que levantaron monumentos inmortales; trató de la necesidad de aumentar en todas partes las instituciones de cultura y terminó dando, en nombre del gobierno francés, las más expresivas gracias al Rey y al gobierno de España.

Tolosa; Delvaille, presidente de la Sociedad Francesa; Collignon, el ministro de Instrucción Pública y el representante del gobierno francés. No disponiendo de espacio para dar cuenta de todos ellos, daremos sólo un ligero resumen de los dos últimos. El Sr. López Muñoz dijo que la fiesta que se estaba celebrando era la fiesta de la fraternidad de la cultura, felicitó a los autores de la obra que se inauguraba, se refirió al tratado franco-español manifestando la esperanza de que Francia y España marcharán unidas por el camino del progreso; elogió la obra de unión de la ciencia franco-española, aludió a las banderas francesas y españolas enlazadas como símbolo de unión de los corazones, e hizo votos porque esa unión sea perdurable. El Sr. Steeg dió las gracias al gobierno español por la hospitalidad que concedía al Instituto; habló de la fraternidad de las universidades españolas y francesas y de la admiración que los estudios hispánicos han despertado en Francia; dedicó un recuerdo a los grandes maestros

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES O EDITORES

RAMILLETE DE SONETOS, por Cecilio Benítez. - Colección de inspiradas composiciones poéticas llenas de frescura, abundantes en bellos pensamientos y en cuyos versos hay, como dice el poeta José Rodao en su soneto-prólogo, ritmo y fragancia. Un tomito de 52 páginas elegantemente impreso en Villafranca del Panadés por Federico Cuscó. Precio, una peseta.

LAS DECLARACIONES DE ESPAÑA Y AUSTRIA PARA LA PROTECCIÓN RECÍPROCA DE LAS OBRAS DE SUS AUTORES, por José Pedrerol y Rubí. - Notable estudio jurídico que, además del asunto especial enunciado, contiene importantes consideraciones sobre el derecho de propiedad intelectual en general, sobre el tratado de Berna y sobre otros puntos no menos interesantes. En todo ello demuestra el autor, distinguido abogado de Barcelona y corresponsal de La Propriété Industrielle de Berna, sus sólidos conocimientos en estas materias. Este trabajo, publicado en la Revista general de Legislación y Jurisprudencia, ha sido editado en un folleto de 26 páginas por la casa Hijos de Reus, de Madrid.

CATALOGUE DES TABLEAUX DU MUSÉE DU PRADO, por D. Pedro de Madrazo. - Es la primera edición francesa del catálogo redactado por el ilustre D. Pedro de Madrazo y está traducida de la décima edición española, debidamente corregida. Es una obra de grandísimo interés, pues además de la lista completa de los cuadros existentes en el Museo del Prado, contiene una noticia histórica sobre éste, varios fragmentos del notabilísimo prólogo del Sr. Madrazo que figura en la edición del Catálogo extenso, breves pero muy interesantes datos sobre cada cuadro y sobre cada pintor y un índice alfabético de todos los retratos y de todos los pintores. Avaloran el libro 100 hermosos grabados, reproducciones de los más notables lienzos, y 114 facsímiles de firmas de artistas. La publicación de esta obra honra a la dirección del Museo, que con ella ha prestado un gran servicio a los amantes del arte de nuestra patria, contribuyendo a divulgar en el extranjero los inmensos tesoros que encierra nuestro museo nacional, con razón reputado como uno de los más ricos del mundo. Un tomo de XLIV, 532 páginas, impreso en Madrid en la imprenta de J. Lacoste.

CRIMINALIDAD Y REPRESIÓN, ensayo de ciencia penal por Adolfo Prins, traducido por Manuel Núñez de Arenas. - Este notable libro, original del profesor de Derecho penal de la Universidad de Bruselas e inspector general de las prisiones de Bélgica Sr. Prins, es un estudio completo y profundo de la criminalidad, examinada en sus aspectos filosófico, histórico y legal, y de los medios creados para evitarla. Un tomo de 108 páginas editado en Madrid por la casa Hijos de Reus. Precio, dos pesetas.

LA VOLUNTAD EN LA POSESIÓN, con la crítica del método jurídico reinante, por Rodolfo von Ihering, versión española de Adolfo Posada. - Segunda parte de la Teoría de la posesión, trata este libro de la distinción entre la relación posesoria y la mera relación de lugar, de la voluntad en la relación de simple tenencia, del desenvolvimiento histórico de la noción de tenencia, de la prueba del procedimiento del animus possidentis y de otros muchos puntos no menos interesantes relativos al derecho posesorio. Esta obra, bellamente escrita y con un concepto jurídico de verdadera importancia, ha sido admirablemente traducida por el docto profesor de la Universidad de Oviedo D. Adolfo Posada, y editada en Madrid por la casa Hijos de Reus. Un tomo de 392 páginas; precio, 6 pesetas en Madrid y 6'50 en provincias.

## Palabras del Doctor

.....

No se preocupe Vd.  
La fiebre hace caer el pelo  
pero con el  
**PETRÓLEO GAL**  
volverá à salir.

R. Ehrmann.

MELILLA. - LA PRIMERA FIESTA DEL ÁRBOL. (Fotografías de Rectoret y de Lázaro.)

El día 25 del mes próximo, pasado celebróse la primera Fiesta del Arbol en Melilla con una animación extraordinaria y con asistencia de las autoridades, los niños y niñas de las escuelas, representaciones de todas las entidades y corporaciones y un público numerosísimo que no bajaría de 12.000 personas. También concurren fuerzas de la tercera y cuarta *mía* de la policía indígena y el tabor de policía de Alhucemas.

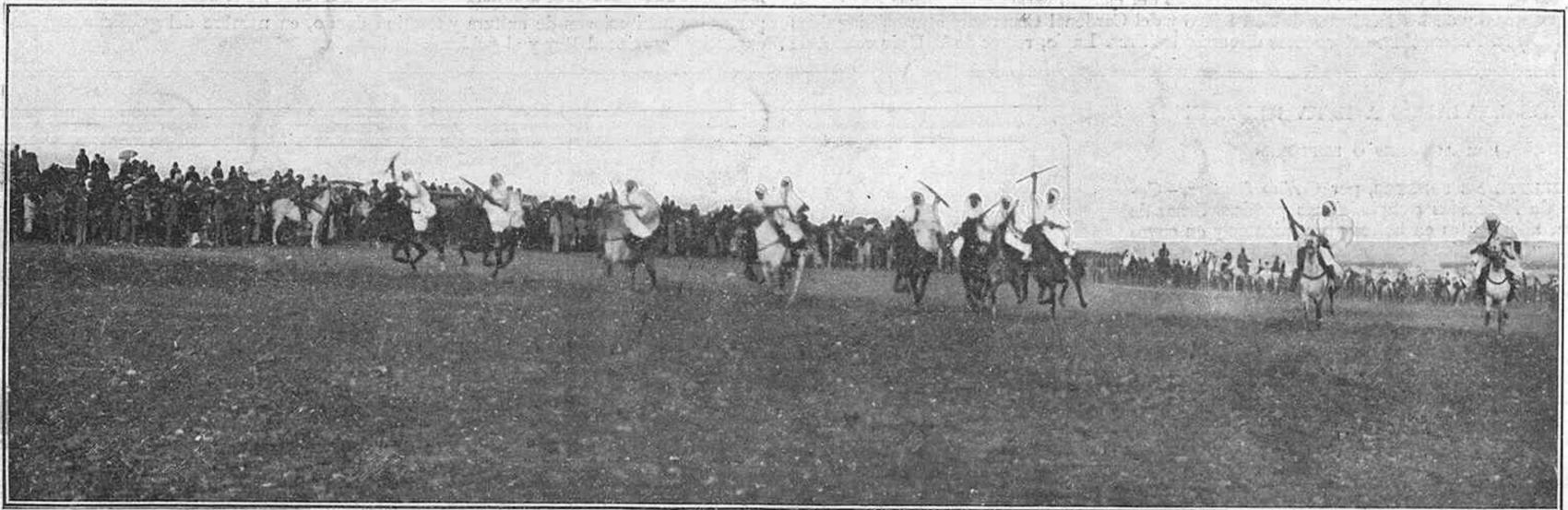
A las tres de la tarde llegaron a la Granja Agrícola, en donde se efectuó el acto, el comandante general de la plaza, general Jordana, acompañado de otros generales y de sus respectivos Estados Mayores. A un toque de corneta, los niños entonaron el himno a la bandera y luego procedióse a la plantación de los árboles, siendo los trece primeros plantados por las autoridades, representantes de corporaciones y moros notables y los demás por los alumnos



Escuela indígena de moros que concurrió a la fiesta

de los diferentes colegios. Terminada la plantación, el general Jordana pronunció un elocuente y patriótico discurso dando las gracias a cuantos habían contribuido con su presencia a la mayor brillantez de la fiesta; expresando el propósito de España de engrandecer aquel país para recoger el fruto de la sangre española allí derramada; mencionando los progresos realizados en estos últimos tiempos; enalteciendo la importancia de la Fiesta del Arbol; recomendando a europeos e indígenas que vivan en la mayor confraternidad; dedicando un piadoso recuerdo a los héroes muertos en las campañas, y elogios al Rey, defensor enjueta de todas las ideas grandes, y al gobierno por el interés que demuestra por el desarrollo del Africa española.

Después se repartieron meriendas a dos mil niños, se soltaron palomas y los indígenas corrieron la vora.



Moros corriendo la pólvora después de la fiesta

**SELLOS DE CORREO AUTÉNTICOS**

LISTA DE PRECIOS GRATIS  
COMPRA - CAMBIO - VENTA  
RODOLFO KEIL, GABLONZ s/N AUSTRIA

**INNSBRUCK, TIROL**

ESTACIÓN DE VERANO Y DE INVIERNO  
HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE  
FOLLETO ILUSTRADO CARLOS LANDSEER

**Levadura consistente**

¡Novedad!  
¡Sin competencia!

¡LO MEJOR  
para hacer pan!



¡Consistente y de  
impulsión ilimitada!

¡Indispensable en  
los países trópicos!

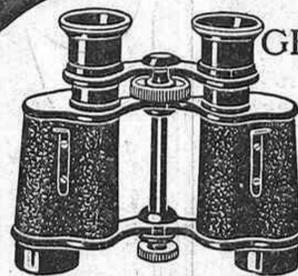
**DAUERHEFE-GES. m. b. H.**  
BERLIN SW 11  
Telegramas: «Dauerhefe» - Berlin

**TRIUMPH YEAST Co.**  
LONDON S. E.  
Telegramas: «Florylin» - London

PÍDASE

PROSPECTO J.A.

**LEITZ**



GEMELOS PRISMÁTICOS

PARA  
EJÉRCITO Y MARINA  
VIAJE Y SPORT  
TEATRO Y CAZA

SE VENDEN EN TODOS LOS  
ESTABLECIMIENTOS DE ÓPTICA DE IMPORTANCIA O DIRECTAMENTE POR  
**E. LEITZ, WETZLAR (ALEMANIA)**

**DICCIONARIO**

de las lenguas española y francesa  
por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA  
Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas  
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

**INSTITUTO POLITÉCNICO**

**FRANKENHAUSEN**

Kyffh. (Alemania)  
Enseñanza de la construcción de máquinas en general y para la agricultura.  
Electro-técnica, Arquitectura.

**PATE ÉPILATOIRE DUSSER**

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN